INVASIÓN DE ECHAGÜE

BATALLA DE CAGANCHA

29 de Diciembre de 1839

POR

A. DUFORT Y ÁLVAREZ





MONTEVIDEO
Tip. Lit. ORIENTAL, Calle 33 núm. 112

1894

Explicaciones

Para dar autoridad á lo que escribo, deseo que se conozca la fuente de donde he tomado los hechos que narro, y para escusar el móvil de esta publicación, deseo explicarlo.

Tal es el objeto de estas líneas.

Para describir la batalla de Cagancha y la campaña que la precede, he tenido en cuenta la obra del historiador nacional don Isidoro De-María, «Rasgos biográficos de hombres notables»; la «Historia política y militar

de las Repúblicas del Plata,» de don Antonio Díaz; los partes de la batalla enviados á sus respectivos gobiernos, por los generales Rivera y Echagüe, y comunicaciones de este último; cartas del general Oribe y otros documentos de la época; Memorias del teniente general don Lorenzo Batlle, aún inéditas, y Apuntes del sargento mayor don Domingo Cosio, soldado de la división del coronel don José María Luna el día de la acción,—Apuntes y Memorias que me han servido especialmente para narrar los hechos de la campaña que precedió á la batalla.

Si en los antecedentes escritos he hallado los lineamientos generales del cuadro, en la versión oral hallé los detalles que buscaba para darle el ca-

rácter episódico que deseaba imprimir á este trabajo.

*Conservo en la memoria la profunda impresión que dejaron en mi adolescencia, la narración de aquellos altos hechos, oida de labios de personas que tomaron parte en ellos y que ya han fallecido. Entre otras, recuerdo al teniente coronel Martìn Igarzábal, soldado ese día del regimiento del coronel Manuel Freire y que en el mismo año 39 había hecho su ingreso al ejército de línea, habiendo pertenecido antes á los «**guayaquises**» de Rivera. Recuerdo al coronel Juan Pedro Goyeneche, entonces teniente coronel y ayudante de campo del general en jefe. Al coronel Cipriano Martìnez, á la sazón sargento mayor y ayudante también del*

general Rivera. Al teniente general Felipe Fraga, entonces sargento mayor del regimiento del coronel Luna. Por último, y con más razón, á mi padre, teniente coronel Anacleto Dufort, en aquella época capitán de guardias nacionales, y ayudante de campo del coronel Fortunato Silva el día de la batalla, habiendo ingresado el año 43 al ejército de linea con el grado de capitán.

Entre los sobrevivientes, debo muchos detalles interesantes al general de brigada don Juan Mendoza, teniente coronel entonces y al mando del primer escuadrón de caballería de línea, formando en la derecha el día de la batalla, y que da razón de lo ocurrido en esa ala y de la persecución al

pronunciarse la derrota del enemigo. Al teniente coronel don Federico Baras debo asimismo preciosos y abundantes datos, y era soldado del escuadrón de Juan Mesa, que formaba parte de la vanguardia y hacía el servicio de avanzadas en el día memorable. Por último, el coronel don Feliciano González, sargento de órdenes del general Enrique Martìnez, jefe del centro, me ha favorecido con los detalles más importantes y completos, debido sin duda á la posición ventajosa que ocupaba en el centro, al lado del general Martínez, próximo al general Rivera y de muchos de los jefes principales.

Con tales elementos, he tratado de reconstruir el drama heróico desarro-

llado en los campos de Cagancha el 29 de Diciembre de 1839.

Los señores Alcides De-María y Antonio O. Villalba me honraron confiándome la narración de esa batalla, para ser publicada en el número único «**Fructuoso Rivera**,» *que editaron el 13 de Enero del corriente año, en conmemoración del cuadragésimo aniversario de la muerte del Brigadier general Fructuoso Rivera, ocurrida en igual fecha del año 1854.*

Sin tiempo material de organizar los datos, el trabajo salió muy incompleto, y me propuse ampliarlo. «*El Día*» *quiso dar á esa ampliación una importancia que no esperaba, y dióle cabida en sus columnas. Luego algunos amigos se empeñaron en que diera*

una forma más permanente á la impresión rápida que deja un diario, en razón de la multiplicidad de temas palpitantes que abarca en su labor tumultuosa. Y como tal empeño halaga mis inclinaciones, me he dejado vencer nuevamente, y ha resultado este librito.

Halaga mis inclinaciones y mis gustos, porque, desde hace mucho tiempo, he deseado siempre ver echar los cimientos de la historia patria, ordenando con anticipación los materiales que han de servir para la construcción del edificio.

Esos materiales se presentarían en forma de episodios nacionales, narrados con toda verdad, pero sin excluír ese calor que nace del amor á las tradiciones.

Caldeado sale el ladrillo del horno y en estado de fusión el metal que ha de vaciarse en el molde, exigiendo temperatura más alta cuanto mayor sea la ley del metal precioso, ó en otros términos, cuanto más verdadero sea el episodio narrado.

Normalizada la temperatura, que viene de suyo, toca al historiador ó al artista, ordenar los materiales, rechazar lo inservible, corregir lo defectuoso, cincelar las demasías y pulir las asperezas.

Construirá así el edificio de solidez imperecedera, ó modelará la estatua con toda la atrayente frescura de lo bello.

Se ha dicho, y lo he creido siempre, que escribir la vida de Rivera, es escribir toda nuestra historia.

Invasión de Echagüe

BATALLA DE CAGANCHA

Diciembre 29 de 1839

I

No es del momento investigar las causas ni la legitimidad de la pretensión, pero es un hecho que, desde los tiempos del régimen colonial, Montevideo aspiraba á la hegemonía del Plata y sus grandes afluentes, frente á la poderosa Buenos Aires.

2

No es menos cierto que esa aspiración desarrolló en nuestro territorio, más que en cualquier otra parte, un espíritu local tan arraigado y fuerte, que la independencia del Estado Oriental y la emancipación de la Metrópoli, constituían para los orientales un solo sentimiento,—uno é indivisible.

Cuando un pueblo siente y quiere con intensidad semejante, es error funesto contrariarlo, pues á toda costa, hará siempre efectiva su aspiración con tenacidad irresistible, arrollando á quienes se opongan y endiosando á quienes de esa aspiración hagan su bandera.

He ahí el secreto de la incontestable y decisiva influencia del gene-

ral Fructuoso Rivera en los destinos de nuestra patria.

Nadie como él personificó y tradujo en hechos gloriosos, la aspiración suprema de este pueblo, condensándola en páginas tan brillantes como Guayabos y Cagancha.

Si esa personificación explica su prestigio local, sin parangón posible, explica al mismo tiempo la saña inmoderada con que Rosas, representante de la aspiración opuesta, combatió y execró la descollante personalidad de Rivera.



Cuando, á despecho de Rosas, el vencedor del Palmar del Arroyo Grande demostró su influencia decisiva en el país, y convencido de ello,

el general don Manuel Oribe resignó el mando ante la Asamblea y pidió su venia para retirarse á Buenos Aires,—Rosas, triunfante en todas partes, más que nunca afianzado en el poder, temió por la estabilidad de ese mismo poder.

Lo que no había conseguido un partido poderoso de la Confederación Argentina, ramificado en todas las provincias, con el decidido apoyo del Perú y de Bolivia y el eficaz auxilio de la escuadra francesa, lo había conseguido el *gáucho* Rivera al frente de un puñado de orientales.—Rosas, en medio de sus triunfos, desde la más alta cima de su pasmoso poderío, temió la exaltación de Rivera y se creyó en peligro.

Ese solo triunfo moral coloca á Rivera fuera de toda discusiòn acerca de su valimiento.

Para que resaltase más su personalidad en los destinos de su país y aún de la América del Sud, si para Rosas era un constante recelo, para los patriotas argentinos representaba la única esperanza que les daba aliento en su injusta desgracia.



Digamos por qué.

Rosas había iniciado el año de 1838, fusilando al patriota Francisco Cienfuegos. Este fué juzgado con la rapidez ejecutiva de aquella voluntad sombría. — Reducido á prisión en la mañana del 7 de Enero, puesto en capilla á la tarde y

fusilado á las seis de la mañana del día 8.

En Buenos Aires había abortado la conspiración llamada de los *lomos negros*, con el bárbaro asesinato del doctor Manuel Vicente Maza, presidente de la Cámara de Justicia y de la Cámara de Representantes, en cuya sala fué asesinado en Junio de 1838, y luego, sin forma de proceso legal, fusilado su hijo el coronel Ramón Maza, presunto jefe militar de la conspiración.

En el Sur ahogóse en sangre el movimiento intentado, en Julio del mismo año, por el teniente coronel Juan Zelarrayán, muerto en Bahía Blanca.

Domingo Cullén, gobernador de

Santa Fé al fallecimiento de Estanislao López, es, en Octubre del 38, vencido en Cayastá, y habiendo caído en manos de Rosas, en Julio del siguiente año, fué inmediatamente pasado por las armas.

El general Andrés Santa Cruz, director supremo del Perú y de Bolivia, en guerra con Rosas, es completamente derrotado por el general Manuel Bulnes, en la batalla del Yungay, librada el 20 de Enero de 1839.

Genaro Berón de Astrada, gobernador de Corrientes, que se había pronunciado con un ejército de cinco mil hombres, fué, en Marzo del 39, derrotado y muerto en Pago Largo, por el general Urquiza, al

mando de la vanguardia del general Echagüe. En esa batalla el general vencedor hizo dar muerte á más de ochocientos prisioneros.

Fué igualmente ahogado en sangre un nuevo movimiento al Sud de Buenos Aires, muriendo entre otros el patriota Pedro Castelli, cuya cabeza, fija en un palo, fué expuesta durante ocho días en la plaza principal de Dolores.

El dictador, mimado y encumbrado por la suerte ciega,—en aquel momento histórico más que nunca,—esperaba á la sazón ver cesar el bloqueo que mantenía la escuadra francesa, dada la oficiosa intervención de los Estados Unidos y de la gran Bretaña.—Había hecho de Chi-

le su decidido aliado.—Por la batalla del Yungay veía inutilizados al Perú y á Bolivia.—Vinculaba al Ecuador con los lazos de intereses comunes, y mantenía estrechas relaciones con el gobierno del Brasil.—En el interior,—lo hemos visto,—toda resistencia había sido ahogada en ríos de sangre.



Tal era la angustiosa situación de los patriotas argentinos cuando todo lo esperaban de Rivera; y cuando Rosas, por lo mismo, determinó abatir esa influencia para acallar sus recelos, y someter la República Oriental para colmar su ambición.

A ese efecto, dispuso que el general don Pascual Echagüe, gober-

nador de Entre-Ríos, invadiese nuestro territorio con un ejército numeroso.

En Cagancha, pues, donde se decidía esa campaña, se jugaban los destinos de nuestra patria y la causa de la libertad en Sud-América.

De ahí la inmensa importancia política que debe atribuirse á esa batalla, para cuya inteligencia era indispensable la recapitulación que precede.

II

En el Mes de Junio de 1839, pasó Echagüe el Uruguay, estableciendo su cuartel general en las proximidades del Salto. A sus órdenes estaban los generales Juan Antonio Lavalleja, Servando Gómez, Eugenio Garzón y Justo José de Urquiza, como también los jefes y oficiales que habían emigrado con Oribe. —«El equipo del ejército era completo,—dice don Antonio Díaz.—Llevaba un buen servicio de campaña y el total de combatientes no bajaba de seis á siete mil hombres.»

—Intentó además sublevar la campaña y engrosar las filas de su ejército, y con tal fin, mandó al coronel Vélez al Departamento de Soriano, á Leonardo Olivera al de Maldonado, á Juan Valdez al de Tacuarembó y al de San José al coronel Manuel Lavalleja.—Con tales elementos, halagaba á Echagüe la seguridad de una fácil victoria, al punto que con fecha 2 de Agosto escribía á Rosas, rebosando de satisfacción, y le manifestaba que el ejército de la Confederación Argentina sobre el territorio oriental, había dado principio á sus operaciones militares para destruir el poder del anarquista unitario Rivera;—que á la mayor brevedad se pondría

en movimiento hacia el Queguay, donde batiría al enemigo, si osaba esperarlo; que pronto tendría la satisfacción de anunciar que, *con la existencia de Rivera, habían concluído las esperanzas de los unitarios.*



Entre tanto el general Rivera preparaba la defensa del territorio nacional con esa actividad pasmosa que le era peculiar ante la inminencia del peligro.

Esa condición saliente de su carácter fué reconocida siempre por sus adversarios, reconocida y temida en el mismo grado. Fuera del peligro, sin embargo, sus actos se resentían de indolencia, al decir de

los propios amigos [1]. Con todo, en nuestro sentir, esa aparente indolencia es otra de las manifestaciones de la sólida organización de su poderosa cabeza.

Argentinos y franceses le instaban y comprometían á declarar la guerra á Rosas [2]. Tales instancias y la irreflexión generosa de su espíritu caballeresco, le arrastraron á hacerlo, es decir, á dar forma regular y pública á la hostilidad solapada, á la guerra de hecho que le hacía el tirano argentino, y en el mes de Marzo la declaración se hizo.—Pero, aunque todos, argentinos y franceses, le proclamaron

(1) *Memorias*, inéditas, del general Batlle.
(2) General Batlle, *Memorias* citadas.

director de la guerra; aunque el estado de las provincias argentinas, con aparentes facilidades, abría á su ambición campo vastísimo, brindándole el poder y la gloria en dilatados horizontes, seductora perspectiva capaz de marear la cabeza más sólida,—Rivera halló en su buen sentido, y especialmente, en el amor á su patria, la visión clara y la apreciación justa de los hechos. Supo ahogar su ambición, si es que la tuvo de influir en tierra extraña, y quiso, antes que todo, dar estabilidad al propio país, fomentando su progreso interior y poniéndolo en condiciones de rechazar todo ataque exterior.

Los que le tachaban de indolencia

porque aflojaba la rigidez de la disciplina y debilitaba su ejército del Durazno, permitiendo á los paisanos volver á sus hogares, en vez de mantenerlos unidos y con ellos invadir el territorio argentino y derrocar á Rosas sin pérdida de tiempo,—no comprendían, en su ilusión generosa, la verdadera fuerza del déspota argentino y lo irealizable de la invasión anhelada, ó cuando menos, lo funesto que sería para nosotros (1). No veían que la dispersión de nuestros soldados, se traducía en

(1) **Más adelante, Rivera fué empujado en igual sentido y no pudo resistir. Invadió, y la batalla de Arroyo Grande abrió al enemigo las puertas de nuestro país, que nunca como entonces estuvo expuesto á desaparecer del mapa de las naciones. Es de notarse, que los mismos que antes le censuraron la no invasión y su pretendida indolencia,—despues del Arroyo Grande,—la obra de esos mismos críticos,—le censuraron**

un hecho fecundo: brazos devueltos al trabajo en el momento más oportuno, precisamente cuando nuestro puerto estaba en condiciones de monopolizar el comercio de la América del Sud. Así lo comprendió Rivera, y su aparente inacción fué la base de una prosperidad asombrosa para nuestro país, sin precedentes por lo rápida y sólida.

Al velar así por el adelanto y estabilidad de su patria, no abandonó por eso á sus aliados, y dispuso lo que las circunstancias aconsejaban al militar y al hombre de estado.

Recomendó á Berón de Astrada

haber invadido, y dieron á todos vientos las excelencias de una actitud de espera, dentro del territorio nacional,—plagio servil, hecho en el papel, del plan que Rivera ideó y llevó á la práctica, poniéndole al pié esta gloriosa rúbrica:—Batalla de Cagancha!

que no comprometiera batalla alguna; que se limitara á hostilizar al enemigo por los flancos y la retaguardia, maniobrando por toda la provincia de Corrientes sin salir de ella; que á no serle posible, se retirase antes á sus más apartados confines [1].

Solo un plan semejante, seguido en todas partes, podía dar por tierra con el poder de Rosas. Se le hubiera obligado á dividir sus tropas, que iban á ser fatigadas y deshechas sin éxito ni gloria; hubiérase debilitado su centro de operaciones, haciéndose posible la acción eficaz de los revolucionarios argentinos á quienes, por su misma dignidad na-

(¹) **General Batlle, *Memorias* citadas.**

cional, correspondía atacar ese centro y derrocar al déspota sombrío.

No debía ponerse en duda la buena fé de la recomendación, cuando el mismo Rivera la cumplía por su parte al pié de la letra.

Pero el señor Berón de Astrada, —«hombre, según la expresión del general Batlle, de más nobleza y fuerza de ánimo, que práctico en los negocios y en la guerra», —dió la batalla y perdió la vida en la luctuosa jornada de Pago Largo.

Echagüe enseguida preparó la invasión con tal sigilo y disimulo, que se produjo sin haber sido sospechada.



Rivera se encontraba en Monte-

video, en preparativos de un gran baile, cuando llegó el chasque anunciándole que Echagüe vadeaba el Uruguay.

Montó á caballo en el acto y desapareció. Durante quince días nadie supo de él en Montevideo. Al cabo de ellos aparece en el Queguay con un plantel de ejército de cerca de dos mil hombres.—En esos quince días había recorrido casi toda la República, dando sus instrucciones personalmente, avistándose con los jefes, recorriendo los ranchos, disponiendo la concentración á la línea del Queguay ó la adecuada distribución en los diferentes departamentos, á fin de cruzar y destruir el plan enemigo en el intento de su-

blevar la campaña. Siempre sobre el caballo, casi sin comer y sin dormir, desplegò esa actividad pasmosa, que ante el peligro, singularizó al gran caudillo.

En observación del ejército enemigo puso desde el primer momento al coronel Angel Núñez, jefe político de Paysandú, con una división de quinientos hombres.



Muy oportunamente auxilió al general Lavalle, que lo había acompañado en el Palmar, enviándolo á Corrientes para que á su vez organizase á los vencidos de Pago Largo. El 12 de Julio salió Lavalle de Montevideo, y el 2 de Setiembre de Martín García, en dirección á

la Punta del Diamante, penetrando luego en territorio correntino.—La presencia del caudillo unitario en aquella provincia obligaba á Rosas á distraer fuerzas y dividir la atención; y efectivamente, tuvo que mandar á la frontera de Entre-Ríos al general don Manuel Oribe en observación de Lavalle.



Aunque sin éxito, intentó Rivera atraerse á los generales Lavalleja y Gómez, indicándoles la extraviada senda que seguían y conminándolos con el triste fin del desgraciado Cullèn: «Una miseria somos los hombres,—escribía Rivera á Lavalleja,—creemos que vamos por un camino de flores, y al fin, vamos á un

precipicio.» — Lavalleja, por toda contestación, remitió á Echagüe la carta de Rivera, acompañándola de las siguientes líneas: «Excmo. Señor Gobernador don Pascual Echagüe. — Julio 25 de 1839. — Mi querido general y amigo: — El facineroso Rivera me ha vuelto á escribir la carta que adjunto á V. E. — Creo que este pardejón está ya por volverse loco. Fíjese V. E. en el responso que le hace al salvaje Cullén, después que por su culpa ha tenido el fin que ha recibido. — Quedo como siempre de V. E. apasionado y verdadero amigo, Q. B. S. M. — *Juan Antonio Lavalleja.*»

Lavalleja había recibido la carta de Rivera por intermedio del coro-

nel Latorre. No está demás recordar por qué eligió Rivera tal emisario, pues revela un rasgo de su carácter singular, que sabía armonizar las exigencias de la política con la bondad del corazón.—Latorre se había incorporado al ejército nacional; pero sus vinculaciones con Lavalleja y su conducta equívoca, le hacían sospechoso. Todos creían ver en sus actos, con razón ó sin ella, tendencias disolventes. La creencia se acentuó al punto de exigir los jefes que fuese fusilado como espía del invasor. Rivera se opuso, y á fin de librarlo de la muerte, dió como razón de su negativa, que necesitaba de Latorre para comunicarse y entenderse con Lavalleja.

Fué cuando escribió la indicada carta y la envió por Latorre, previniéndole el peligro que corría permaneciendo en nuestro ejército.— Después manifestó á los suyos que la salida de Latorre era de todos modos un bien: ó volvía con la adhesión de Lavalleja, lo que importaba un triunfo; ó no volvía, lo que libraba al ejército de un espía, sin necesidad de derramar su sangre. (1)



A solicitud de Pedro Ferré, nuevo gobernador de Corrientes, mandóle también Rivera algunos jefes y oficiales correntinos, que tenía bajo sus órdenes; pero con tan mala suerte,

(1) **Versión del coronel Feliciano González, testigo presencial.**

que cayeron en poder de Oribe y todos fueron ultimados.



En suma, en aquel momento, contra el ejército de Echagüe y para resistir el empuje de aquella masa relativamente enorme,—más de siete mil combatientes,—tenía Rivera como dos mil hombres de caballería.

III

Por fin en Agosto púsose en marcha el ejército de Echagüe, vadeando el Queguay por el paso de Andrés Pérez. El servicio de vanguardia lo hacía el general Urquiza con una división de ochocientos hombres.

Comenzó entonces una de esas retiradas que bastarían para crear una reputación militar, si ya no la tuviese Rivera. Con todo, al confirmar esa reputación, semejante retirada enaltece la gloria de los leones que tenía bajo sus órdenes.

Disputáronse con ardor todos los pasos, siendo teatro cada uno de ellos de un combate desigual, pero reñido y heróico.

La marcha del ejército invasor resultaba lenta y penosa á causa del obstáculo que le oponían unos quinientos hombres de la división de Paysandú, al mando del bravo coronel Ángel Núñez, á quienes cupo el honor de cubrir la brillante retirada hasta el Río Yí.

Á las órdenes de Núñez iban jefes como José María Luna y Fausto Aguilar, capitanes como Santiago Alemán y Juan Francisco Monsevat, y oficiales como Alejandro Illescas, Marcelino Almada, Donato Ruíz Díaz, Pedro Ifrán, Nicolás Raña,

Felipe Luna, Luciano Arriola y algunos más.



Ya en el paso de Andrés Pérez, mantuviéronse fuertes guerrillas que duraron hasta el anochecer. A esa hora se retiró Núñez, yendo á campar á dos leguas de distancia, en la costa del Arroyo Grande frente á la estancia de la Cordovesa [1].

Una partida enemiga mandada por los Francia, según se dijo, avanzó la estancia del señor Warnes, degollándolo, como asímismo á don Melchor Ituarte, un recaudador de rentas y dos personas más. — En

(1) Es la versión del señor Cosio, — confirmada por la del teniente coronel Federico Baras, que en la batalla de Cagancha era sargento 1.º distinguido del escuadrón de Juan Mesa, — y á quienes seguimos en esta parte.

acción y en camino iba el bárbaro sistema de Rosas.

La cerrazón con que amaneció el día siguiente, fué aprovechada por nuestro ejército para emprender la retirada; pero al disiparse aquélla, es descubierto por el enemigo, que comienza á hostilizarlo nuevamente. Durante dos días el invasor es contenido por los bravos de la división de Paysandú, que estimulados por Núñez, hacen proezas, especialmente los *indiecitos guerrilleros* mandados por Fausto Aguilar.



La retirada se continúa con rumbo al paso de Baigorria del Río Negro. Al anochecer acampa la vanguardia enemiga; pero Núñez, que

la hostilizaba muy de cerca, aprovecha la oscuridad de la noche y cambia de rumbo en dirección al paso de Navarro, cruzando el Arroyo Grande por el paso de la Laguna. En los ríos y arroyos comenzaban las crecientes, aumentándose el caudal de sus aguas por las continuadas lluvias. Nuestros paisanos, —livianos y en pelos,—se azotaron al agua. Las armas y monturas se pasaron durante la noche en una canoa.



Rivera pasó el Río Negro más arriba, por el paso de Baigorria, donde llegó Echagüe cuando ya el general Rivera vadeaba el Yí.

En tal momento se desprendió el

coronel Venancio Flores, enviado con trescientos hombres al departamento de Soriano.

El general don Anacleto Medina fué puesto en observación del enemigo. A sus órdenes iban los escuadrones de los coroneles Manuel Díaz y Faustino López; el de coraceros, 3.º de línea, del coronel Victoriano Camacho, y el del coronel Domingo García.

Molestó con éxito la marcha del invasor hasta el río Yí, á la sazón crecido, y que cruzó á nado con su división, utilizando también una canoa para el trasporte de armas y monturas.



El pasaje del Yí fué seriamente

disputado, y Urquiza se vió allí obligado á detenerse durante veinte días. Aún después de bajar el río, le hubiera sido imposible vadearlo, sin el gran refuerzo que solicitó y obtuvo de Echagüe.

Cuando el refuerzo llegaba coronando la cuchilla y á la vista de nuestro ejército, el general Rivera tomó el anteojo y se puso á observar con atención á dos personas que marchaban á la cabeza de la columna. Se sonrió al reconocerlas y pasó el anteojo á los jefes que lo acompañaban, diciendo:

—Estaba seguro de verlos aparecer juntos.

Eran el general Lavalleja y el coronel Latorre.

Después llamó á un joven, cuyo nombre sentimos no recordar, y le dijo:

—¿Te animarías á desempeñar una comisión peligrosa, en la que puede irte la vida?

—¡Sí, mi general!—contestó el joven, entusiasmado y orgulloso de distinción tan grande.

—Pues entonces, como el enemigo va á pasar de un momento á otro, ve como te manejas para hacer de botero. Arreglas de antemano el bote de modo que puedas hacerlo hundir cuando quieras, sin que desconfíen que lo has hecho de intento, aunque corras riesgo de ahogarte.—Cuando toque el turno á las municiones, y en el me-

dio del río, haces hundir el bote. Ve si te avispas. Mira que si desconfían valiera más que te ahogases...

Rivera levantó el campamento del Durazno, dejando siempre á Medina con el encargo de dificultar el pasaje y cubrir la retirada.

El joven mencionado antes, cumplió la comisión con valor sereno y habilidad suma. Agujereó el bote, puso un tapón en el rumbo y haciéndose pasar por un vecino pacífico, fué aceptado como remero. Cargado de municiones y en lo más hondo del río, hizo saltar el tapón con el pié y empezó el bote á hacer agua. Fingió luchar por la salvación de la carga, achicando la vieja

embarcación; pero hubo que renunciar y echarse al agua con sus compañeros, oficiales enemigos, y el bote y las municiones fueron al fondo del río.

En el primer momento quisieron degollarlo, pero en su defensa salieron sus compañeros de naufragio, que de buena fé creían que el accidente había sido casual.

Nuestro joven aprovechó la noche para escapar é incorporarse al ejército.



Consiguió al fin el enemigo pasar el rio Yí, y ahora, muy superior en número, comenzó la persecución más tenaz y cruel de esa penosa marcha, llevándola hasta las puntas

de Maciel y haciendo como nunca difícil la situación de los valientes que sostenían la retirada. Se perdieron como cien hombres, entre ellos el sargento mayor Cipriano Martínez, á quien se le cansó el caballo y tuvo que refugiarse en los montes de Maciel, salvando á duras penas con grandes dificultades y fatigas.



Á la noche del siguiente día, llegaba Medina al arroyo de la Cruz donde acampaba Rivera.—Emprendió éste la marcha en dirección del Santa Lucía Chico.

Habiendo Urquiza recomenzado la persecución, el general Medina buscó decididamente la incorporación

del ejército, que había pasado al sur del Santa Lucía Grande, por el paso de la Calera, de don Tomás García,—lugar convenido para cesar la retirada.

Allí, río por medio, acamparon los dos ejércitos.

IV

Fué aproximadamente á mediados de Setiembre.

Rivera, pues, había conseguido su objeto demorando más de un mes el avance del ejército enemigo. Había dificultado eficazmente sus movimientos, en un trayecto como de cien leguas, llevándolo al terreno más adecuado para resistir y detener su marcha arrolladora.

Hizo del río Santa Lucía su línea de resistencia, ocupando todos los pasos y picadas con fuertes destacamentos, y el enemigo encontró allí,

en vez de la resistencia que cede, un muro insalvable. Y se detuvo como el torrente que una represa convierte en remanso.



Decididamente, la retirada había terminado allí, después de dar todos sus frutos.

En efecto, si esa retirada fué heróica bajo el punto de vista del valor, bajo el punto de vista militar fué hábil y de resultados positivos. Rivera necesitaba ganar tiempo á fin de asegurar el éxito de las fuerzas destacadas para operar en los diferentes departamentos donde á su vez el enemigo operaba. Aproximándose á Montevideo, se ponía en condiciones de recibir tropas de re-

fresco, infantería y artillería, sin exponerlas á las fatigas de las grandes y penosas marchas que hubiera exigido una batalla al Norte del Río Negro, por ejemplo, como deseaba Echagüe.—Fatigó al mismo tiempo y desmoralizó al enemigo, obligándolo por último á aceptar el campo de batalla elegido de antemano, cuyos menores accidentes conocía Rivera palmo á palmo.

Solo así podría aventurar la batalla con un enemigo tan superior numèricamente [1].



(1) Como el General Rivera reunía todas las condiciones del caudillo, no es mucho si se concede que en el éxito buscado, confiaba algo á la política, como auxiliar de su hábil estrategia. Aceptar *ad referendum*, la intervención oficiosa de la Gran Bretaña, en el sentido de una solución pacífica del conflicto con Rosas,

Por repetidas veces, intentó Echagüe mudar el campo y buscar una brecha que diera paso á sus legiones á fin de envolver á nuestros valientes; pero el general Rivera, como una sombra, seguía sus movimientos desde la orilla opuesta, y las brechas se erizaban de lanzas, y semejantes á las falanges macedónicas, nuestros escuadrones se convertían en muro impenetrable.

Diariamente se mantenían animadas guerrillas, dando lugar á innumerables y pintorescos episodios, llenos de sabor local,—de esos que

cuando sabia su ineficacia, dada la insaciable ambición del déspota argentino, no podia tener más objeto que debilitar y adormecer la acción contraria, lo que tal vez explique ciertas vacilaciones de Echagüe, enterado como estaba de esas negociaciones.

nuestros padres, como los héroes de Homero, gustaban recordar al amor de la lumbre.



El invasor tuvo que renunciar al ataque franco y comenzó los intentos de sorpresa, táctica que siguió hasta el día de la batalla.

Uno de esos intentos pudo tener graves resultados.

Tocaba á la división del coronel Blanco el servicio de vanguardia.

Al despuntar el día, cuando las avanzadas cruzaban el paso de Severino, fueron sorprendidas por una emboscada de infantes enemigos, sufriendo grandes bajas, de cuarenta á cincuenta hombres, muriendo allí el teniente Campón y el

alférez Natalio Alberdi del 1.º de caballería (1).

Aprovechando la sorpresa, el enemigo lanzó al galope sus escuadrones sobre el destacamento que guardaba el paso, arrollándolo, y tras de esos escuadrones, toda la vanguardia hace irrupción en nuestro campo, y luego el ejército prevenido intenta hacer lo mismo.—Muy inmediato acampaba Rivera, completamente ageno á la posibilidad de esa sorpresa, en la confianza de las precauciones tomadas. La tropa descansaba con los caballos desensillados. Rivera ordenó en el acto al coronel Blanco que atacase y contuviese el avance de la vanguardia

(1) Domingo Cosio.

enemiga. Si oportuna fué la orden, soberbio fué el arrojo del coronel Blanco cargando con sus cuatrocientos hombres, con la rapidez y la precisión del rayo, produciéndose el choque cuerpo á cuerpo, *el entrevero*, y sembrando la confusión y el desorden en las filas enemigas, doblándolas y obligándolas á repasar el río. Perdió la cuarta parte de sus hombres; pero hizo al enemigo mayores bajas, y sobre todo, salvó nuestro desprevenido ejército, dejando restablecidas las anteriores posiciones [1].



Pero á los pocos días,—cuenta el sargento mayor Cosio,—el general

(1) General Batlle, *Memorias* citadas.

Medina tomó la revancha. Hizo pasar de noche por una picada falsa ó poco conocida, al mayor don Justo Tavares con su escuadrón, para que fuese á sorprender una de las avanzadas enemigas. Y este jefe, que era temible para una carga, se llevó acuchillando al enemigo hasta el centro de su vanguardia. Para apoyar esta operación, el general Medina había mandado también que los coroneles Faustino López, Hipólito Cuadra y Domingo García se situasen en dos cañadones del campo enemigo, que quedaban á los flancos del mayor Tavares. Así es que, cuando éste llegó á la vanguardia enemiga, lo cargan todos; pero, á su vez, carga el coronel García, y

aparecen de uno y otro costado Cuadra y López, saliendo de los cañadones y atacando al enemigo, que huye en desbande hasta sobre su ejército. El coronel López llegò hasta el campamento de los indios guaycurús que traía Echagüe y quedaban á la izquierda de su ejército, donde fueron lanceados muchos y muerto el cacique.



El citado coronel Faustino López prestó en esa campaña, importantes servicios, y con él, la división de la Florida que mandaba. Notábanse, por su actividad y arrojo, oficiales como Juan José Enciso, Pascual Bailón y el teniente Zapata, bravo y bizarro oficial que, desgraciada-

mente, fué muerto en unas guerrillas.



Las importantes operaciones que confió Rivera á varios jefes, dieron todas, sin excepción, el más brillante resultado.

En efecto, el 31 de Agosto, á las tres de la mañana, despues de marchar toda la noche, el general Medina había sorprendido en el arroyo de las Maulas, al coronel Vélez, derrotándolo completamente.—En la persecución, el coronel Vélez fué alcanzado por el teniente Anselmo Soboredo, que le boleó el caballo é iba á lancearlo, cuando un muchacho, Santana Suárez, hizo fuego con una pistola y Vélez cayó muer-

to. Diez ó doce hombres habían dado vuelta en auxilio de su jefe, y en aquel momento supremo, le honraron muriendo con él (1).

En el mes de Setiembre, el coronel Fortunato Mieres, operando al norte del Río Negro, derrotó completamente al coronel Juan Ruedas en el Departamento de Tacuarembó, entre Charatas y Arroyo Malo, donde murieron cinco hermanos Francia, cayendo prisionero el mayor de nombre Tomás (2).

En el mismo mes, el coronel Venancio Flores, enviado, como dijimos, al departamento de Soriano y que á la sazón venía á quedar cor-

(1) Referencia del teniente coronel Federico Baras, actor en esa jornada.

(2) Apuntes del mayor Cosio.

tado y á retaguardia del invasor, forzó la línea enemiga, derrotando previamente la división de San José, compuesta de mil hombres y cuando ésta buscaba la incorporación de Echagüe. La acción tuvo lugar en el arroyo de la Virgen.— A los tres días de acampar el Ejército Nacional en el Paso de la Calera, el coronel Flores, victorioso, se le incorpora como con seiscientos hombres y la flor de las caballadas tomadas al enemigo (1).

También á fines de Setiembre, los coroneles Domingo García y Faustino López, que buscaban la incorporación de Silva en Maldonado,

(1) Apuntes del mayor Cosio, referencias del coronel González y del comandante Baras, y *Memorias* del general Batlle.

sorprendieron en la barra de Cazupá al coronel Manuel Lavalleja, haciéndole sufrir completa derrota (1)

Por último, el 17 de Octubre, cerca de San Carlos, el coronel Fortunato Silva derrotó al coronel Leonardo Olivera; y dejando toda la región del Este libre de enemigos, buscó en seguida la incorporación al ejército (2).

Y tales hombres, familiarizados con la victoria, eran los que concurrían á la cita que Rivera les había dado en Cagancha.



(1) Es la versión del comandante Federico Baras, que servía con el coronel López. Recuerda que Juan José Enciso, al verlo montado en pelos y en un mal caballo, le había prometido el primero que quitase al enemigo, promesa que cumplió el día de esta acción, presentándosele con un zaino bien aperado.

(2) En calidad de ayudante del coronel Silva, se ha-

En Octubre se incorporaron al Ejército tres batallones de infantería. Era uno de ellos, el 1.º de línea mandado por el coronel Santiago Labandera, compuesto aproximadamente de doscientas plazas. Otro era el 2.º, también de línea, mandado por el coronel Pedro José Agüero, con número igual, más ó menos, de soldados. El tercero se componía de los denominados «Voluntarios de la Libertad», en número de ciento sesenta, y de unos cuarenta hombres de las milicias de Canelones, mandados por el bravo capitán Tomás Madriaga (1). Los

lló en esa acción el teniente coronel Anacleto Dufort, padre del que escribe.

(1) Era padre de Floro é Ignacio Madriaga, en la actualidad sargento mayor y general respectivamente. Floro se encontraba también el día de la batalla.

Voluntarios de la Libertad se habían organizado en Montevideo, debido al esfuerzo y entusiasmo de los señores Lapuerta y Fernando Quijano. El primero figuraba como teniente coronel y como sargento mayor el segundo. Reforzado con las milicias de Canelones, Rivera dió el mando del batallón al coronel Santiago Soriano, conocido en el Ejército con el nombre de coronel *Chentopé* [1].



[1] *Memorias* del general Batlle y referencias del coronel González. El coronel Quijano, hijo de don Fernando Quijano, conserva la bandera que el día de la batalla llevaban los «Voluntarios de la Libertad.» El coronel Soriano pertenecía á la marina, y á pedido del general Rivera, se incorporó al Ejército. Formó parte del mismo batallón el malogrado Juan Soriano, hermano de aquél, y que era teniente 1º de marina.—Aunque estos dos valientes eran hijos de Italia, vinieron muy niños á este país y se ligaron á su suerte.—Santiago tuvo un hijo que llevó su nombre y fué muer-

Incorporóse también la artillería al mando del teniente coronel José María Pirán y del sargento mayor Mariano de Vedia. Constaba de cien plazas aproximadamente y se componía de seis piezas, calibre de doce la mayor de ellas,—*La Niña*, como la llamaban en el Ejército (¹).



Gran alborozo y entusiasmo causó entre la soldadesca el valioso contingente, en particular los cañones, y celebraban el acontecimiento con bromas y dicharachos casi infantiles,

to el día que asesinaron al general Flores.—Queda Tomás Soriano, hijo de éste y nieto del coronel, teniente 1.º de Marina y actualmente en la *Rivera*.

(¹) *La Niña* fué colocada, en 1844, en la batería «Mayor Carro», donde hoy forman esquina las calles de Minas é Isla de Flores. Por el año de 1877, según Cosio, la vencedora de Cagancha fué á parar á los hornos de la fundición Garagorri. Es de sentirse que fin tan mezquino haya tenido reliquia tan grande.

como si aquellos leones tuvieran almas de niño.

Cuando por primera vez,—cuenta Cosio,—se ensayaron las piezas, haciéndose algunos disparos sobre el enemigo acampado en la orilla opuesta del río, decía uno:

—Chè! qué bueno estuvo hoy, el regalo que le mandó el Cabo Viejo á Cháguara con la Niña!—(Así llamaban respectivamente á Rivera y á Echagüe.)

—Sí,—decía otro,—buen regalo de naranjas amargas!

—Otro día les daremos dulces!—agregaba un tercero.

Y análogos comentarios hacían la delicia de aquellos bravos.



El invasor también se alegraba de esos aprestos tomándolos como augurios de una próxima batalla. Sin embargo, todavía Rivera juzgó prudente demorarlo cerca de tres meses más y, como hábil diestro, llevarlo á la muerte desmoralizado y rendido de fatiga.

Todo comenzaba á escasear en el campo enemigo. Gran número de soldados habían abandonado los girones de ropas y vestían con pieles de carnero. Faltábanles los artículos de primera necesidad para ellos. Era casi diario, que nuestros paisanos, compadecidos, aprovechando el servicio de avanzadas, les alcanzaran tabaco, yerba y hasta alimentos. Tal situación, prolonga-

da, provocaba frecuentes deserciones, debilitando y desmoralizando su ejército. Echagüe veía con inquietud creciente, los progresos de Lavalle en Corrientes, despues del triunfo del Yeruá, y probablemente sentía debilitar la fé tan robusta y llena de alardes, que lo animaba en el comienzo de la campaña.

Esa era la obra de Rivera y de un puñado de bravos.

Un ejército engreido, compuesto de más de nueve mil hombres,—siete mil que invadieron y más de dos mil que se le incorporaron, por intermedio de Lavalleja, Gómez y otros,—quedaba reducido, por las bajas y deserciones, á poco más de siete mil, recelosos y desmoralizados.

V

Sin embargo, eran siempre más de siete mil hombres que deseaban ardientemente la batalla, pues en ella veían el término de sus penas y fatigas, contra tres mil hombres que componían el Ejército Nacional, enteros y engreidos á su vez, pero tan inferiores en número, que no sería fácil explicarnos cómo podían disputar la victoria, si no supiéramos que defendían el hogar y la hacienda, el rancho y el pago, la familia y la patria.



Investigaciones prolijas y la razonada comparación de datos, nos autorizan á dar como muy aproximada la siguiente composición numérica de nuestro Ejército:

Vanguardia á las órdenes del general Anacleto Medina..	800
Izquierda, coronel Ángel Núñez	600
Centro, infantería y artillería, general Enrique Martínez .	700
Derecha, coronel Fortunato Silva......................	500
Reserva, general Félix Aguiar	400
Total............	3,000[1]

(1) Además de las fuerzas destacadas en varios departamentos, guardias nacionales ó milicias locales, cuyo número no es apreciable por falta de datos, guardaba la plaza de Montevideo una guarnición compues-

En cuanto al enemigo, es igualmente aproximada la siguiente:

Derecha, inclusa la vanguardia, generales Justo José de Urquiza y Juan Antonio Lavalleja..................	4,000
Centro, infantería y artillería, general Eugenio Garzón...	500
Izquierda, general Servando Gómez.....................	3,000
Total............	7,500



Cuando Rivera consideró el Ejército suficientemente pertrechado y equipado, tomó la resolución de

ta de mil doscientos hombres, cuatrocientos de la legión francesa y ochocientos guardias nacionales, entre orientales y españoles. (Memorias del general Batlle.)

combatir, obligando al enemigo, falto ya de iniciativas.

Púsose, pues, en marcha levantando el campamento del Paso de la Calera.

Echagüe á su vez levantó el suyo, retrocediendo hasta los campos de Callorda, al Este del Arroyo de Cagancha, donde eligió terreno para la inminente batalla.

Rivera también había elegido campo, utilizando con acierto los cerros y cuchillas que dividen aguas á los arroyos de la Virgen y Cagancha, y tendió la línea, de modo que su prolongación á la izquierda cortaba el arroyo, mientras que el ataque á su derecha quedaba dificultado por cañadas y zanjones.

Esta disposición obligó á Echagüe á modificar su línea, apoyando su ala izquierda en unas quebradas, cerca del arroyo, quedando así ese flanco cubierto por obstáculos naturales.

Las líneas, así dispuestas, no eran paralelas, pues se aproximaba la derecha enemiga á nuestra izquierda, al Oeste y donde decrecen las elevaciones del terreno; y al Este mediaba una distancia mucho mayor entre nuestra derecha y la izquierda enemiga, separadas por los cerros ó cuchillas, cuyas elevaciones se disputaban las avanzadas, respectivamente encargadas de descubrir los movimientos del campo enemigo ([1]).

([1]) Una de esas elevaciones lleva hoy el nombre de Cerro del Bichadero y, según dicen, recibió tal deno-

Por esa misma razón, las vanguardias de ambos ejércitos venían á quedar al Oeste ó sea á nuestra izquierda.



En tal situación se mantuvieron los adversarios midiéndose y buscándose indecisos el lado vulnerable, sin que ninguno cediera al contrario el lugar elejido.

Hubiera sido imprudencia, por parte de Rivera, ceder á la invitación contraria, llevando el ataque y abandonando sus ventajosas posiciones, dada la inferioridad numérica de nuestro ejército.

minación porque en los preliminares de la batalla, servia de atalaya para observar el campo enemigo, *bicharlo*, como dicen los paisanos.

Esa espectativa duró desde el 24 hasta el 29 de Diciembre.

En la noche del 26, — que era una expléndida noche de luna, — el general Garzón con los infantes, se había aproximado tentando nuestra línea en diferentes puntos con fuertes tiroteos. Rivera dispuso que no se le contestara y que permaneciesen todos en silencio y con los caballos de la rienda. — Se retiró al fin el enemigo, sin conseguir su objeto, cualquiera que él fuese.

Rivera estaba, á punto de creer que se le rehuía el combate, cuando al amanecer del día 29, se vió al enemigo á caballo y con su línea tendida.

La nuestra en el acto quedó formada.



El centro, mandado por el general Enrique Martínez, y compuesto por la artillería é infantería, formó del siguiente modo:

A la derecha de la artillería, el batallón núm. 1, al mando del coronel Santiago Labandera.

La artillería en el centro, mandada en jefe por el coronel Julián Martínez (quien á pesar de haberse quebrado una pierna, quiso estar al frente de sus soldados)—y á las inmediatas órdenes de los tenientes coroneles José María Pirán y Mariano de Vedia. Entre los oficiales se menciona al capitán Ramón

Bermúdez y al alférez Enrique de Vedia.

A la izquierda de la artillería, el batallón núm. 2, al mando del coronel Pedro José Agüero.

En seguida, y á las órdenes del coronel Soriano, el batallón Voluntarios de la Libertad,—reforzado con las milicias de Canelones, al mando éstas del capitán Tomás Madriaga, que formaba á la izquierda del batallón. El teniente coronel Lapuerta había sufrido una luxión en un pié y se vió obligado á asumir en la lucha una actitud pasiva, quedando al frente del batallón el teniente coronel Juan Feliciano Vázquez.

El centro formaba en una ondulación del terreno, bastante elevada

para dominar el campo de batalla. Corría como á trescientos metros de su frente y de derecha á izquierda, una cañada que á poca distancia nacía de unos pajonales.

Eran ayudantes de campo del general Martínez, el mayor Marzola y el capitán Mateo Tula.



Mandaba el ala derecha el coronel Fortunato Silva y la componían los cuerpos que tenían por jefes á los coroneles Pedro Mendoza, Faustino López, Victoriano Camacho, Simón Bengochea, y tenientes coroneles José H. Mirabal y Juan Mendoza, siendo segundo jefe de este último, el sargento mayor José A. Reyes, más tarde general.

El capitán de guardias nacionales Anacleto Dufort, era ayudante de campo del coronel Silva.

El ala derecha, como hemos dicho, se componía de unos quinientos hombres solamente; pero contaba en primer término con los cuatrocientos de la reserva, formada á su retaguardia, y con las zanjas y cañadones que corrían á su frente y debieran dificultar el ataque de la caballería enemiga.

Rivera había ordenado al coronel Silva que no llevase y sí esperase el ataque, pues confiaba que en aquellas desigualdades del terreno, impropias para maniobrar las caballerías, debían desorganizarse las filas enemigas, amenguando su em-

puje y haciendo posible su rechazo con cargas decididas y vigorosas, y sobre todo, oportunas.



El ala izquierda estaba á las órdenes del coronel Ángel Núñez y se componía de los cuerpos mandados por los coroneles Hipólito Cuadra, Belarmino Páez da Silva y Manuel Díaz y tenientes coroneles Antonio Mendoza y Bernardino Báez. Esta ala constaba de unos seiscientos hombres de caballería y debía apoyar la acción de la vanguardia.



En la extrema izquierda, hacia adelante y paralelo á nuestra línea, formaba el cuerpo de vanguardia, á las órdenes del general Anacleto

Medina, cuyos jefes inmediatos eran los coroneles Luciano Blanco y José María Luna.

Servían en la vanguardia, como jefes de regimiento ó de escuadrón, García, Marcelino Sosa, Centurión, López de Haro, Fraga, Santander, Juan Mesa, Fausto Aguilar, etc.

El terreno que ocupaba la vanguardia, compuesta de unos ochocientos hombres, era el más fácilmente accesible al enemigo, tanto por su proximidad, como por la conformación del suelo, apto para las maniobras de caballería. Ocupaba las últimas ondulaciones de los cerros y cuchillas que á su derecha comenzaban á elevarse, quedando su flanco izquierdo completamente

al descubierto y expuesto á un movimiento envolvente del enemigo, circunstancia que éste, como veremos, intentó aprovechar.

Previniendo ese peligro, el general Rivera había reforzado nuestra izquierda que, con la división de Núñez que debiera apoyar la vanguardia, contaba con mil cuatrocientos soldados y los jefes más probados en esa clase de lides, elegidos con notable acierto.



La reserva, mandada por el Jefe de Estado Mayor, general Félix Aguiar, se componía de los cuerpos á las órdenes de los coroneles Manuel Freire, Venancio Flores, Juan Ramos y teniente coronel Vi-

cente Viñas y todos los oficiales del Estado Mayor.

Formaba á retaguardia del ala derecha y debiera apoyarla.



El general Rivera con sus ayudantes de campo y en inmediato contacto con los generales Martínez y Aguiar, se había situado en una altura, á retaguardia del centro, próximo al 2.º de línea.

Eran ayudantes del general Rivera, entre otros, los tenientes coroneles Soboredo (tio del oficial que dió alcance á Vélez), Illescas y Juan Pedro Goyeneche, sargento mayor Cipriano Martínez y capitán Allarde.



El convoy compuesto de unas

ochenta carretas, que servían de hospital unas, de equipo otras y algunas de negocio, se hallaba á una legua, á retaguardia del ejército.

Los heridos y enfermos eran asistidos, en el hospital ambulante, por el cirujano mayor doctor Fermín Ferreira y cinco practicantes.



El enemigo se conservó en formación durante algún tiempo, inmóvil y observando.

De pronto comienza á retirarse, desaparece tras de las lomas y regresa á su campamento.

Creyó el general Rivera que una vez más rehuía el combate y mandó desensillar y carnear.



A las nueve de la mañana reunió á los jefes en su carpa para reiterarles sus instrucciones.

Como se le observara que, según noticias, el enemigo conservaba los caballos ensillados, contestó que estuviesen tranquilos; que el enemigo no se animaría á pelearlos.

Esto lo decía con la cara muy alegre, la cabeza algo inclinada hacia adelante y á la derecha, y restregándose las manos rápidamente, —actitud y movimiento que le eran peculiares en los momentos de acción. Solo variaba el semblante, según las circunstancias: alegre, si confiaba en el éxito; enérgico y la voz vibrante, al dar una orden de inmediata ejecución; suave y el acen-

to cariñoso y regañón al mismo tiempo, cuando después de un fracaso, agrupaba á los suyos, los alentaba y los cuidaba como un padre á sus hijos.

Ahora, al hablar á los jefes mostrábase alegre: tal era la confianza que tenía en los suyos y en el éxito.

Y efectivamente, esa recíproca admiración y confianza entre jefe y subordinados, es la primera condición de la victoria.



Esta vez, sin embargo, la confianza trajo algún trastorno, aunque por ella mismo reparado.

Núñez y Luna, por ejemplo, se desprendieron de la formación y fue-

ron, á una buena distancia, á hacer dar agua á las caballadas. De modo que se hallaban ausentes dos jefes de división, Núñez y Luna,—éste con el regimiento que llevaba su nombre y que tenía por jefes al teniente coronel Mauricio López de Haro y sargento mayor Felipe Fraga, que llegó más tarde á la categoría de teniente general, y por los comandantes de escuadrón capitanes Donato Ruíz Díaz, Marcelino Almada y Claudio Cardozo.

El día anterior se habían pasado dos entrerrianos. Hablaban con espanto de las escaseces y penalidades que sufrían los soldados en el campo enemigo. Ni podían siquiera desertar y volver á su tierra, pues

los vecinos les eran hostiles y hasta les daban muerte. Nada más que en nuestro Ejèrcito veían su salvación y bienestar. — No eran solo ellos. Al día siguiente, había de pasarse un pelotón en masa; á cuyo efecto ellos les harían señas desde las avanzadas.

Los hechos eran ciertos y presumible lo que anunciaban. Se les permitió ir á las avanzadas, pero sujetándolos á una rigorosa observación.

Cuando se retiró el ejército enemigo, los nuestros se confiaron, descuidando la ordenada vigilancia. No bien se desensilló y comenzó á voltearse las reses para carnear, los supuestos pasados se lanzaron

á la carrera llegando ilesos al campo enemigo.

Habían cumplido una misión tan expuesta como importante.

Por ellos supo el enemigo el descuido en que se hallaban los nuestros. Había éste conservado, en efecto, los caballos ensillados. Ordenóse montar y emprender la marcha, para intentar la gran sorpresa.

VI

A las diez de la mañana se tuvo el parte de que el enemigo se movía trayendo decididamente el ataque.

El general Medina salía de la carpa del general en jefe y había galopado unas veinte cuadras en dirección á su campamento, cuando recibe el chasque que le enviaba Juan Mesa.—Mandó dar el aviso al general Rivera y siguió á ponerse al frente de sus tropas.



En nuestra línea se restableció la formación apresuradamante, faltando, como hemos dicho, algunas divisiones. Tomó el mando de la división de Luna, con excepción del regimiento mencionado más arriba, el comandante Marcelino Sosa, que llenó, con éxito, el vacío dejado por el destemido Luna en la línea de vanguardia.

Se hizo el silencio precursor de la batalla. Un sol de medio día doraba la cúpula celeste, alumbrando aquellos rostros tranquilos y de mirada atenta en la espectación de los grandes hechos.



El general Rivera montaba un caballo overo rosado. Los paisanos,

aún en aquellos momentos, reconocían la marca de don Sandalio Giménez, padre. Montaba Rivera con esa arrogancia soberana de los grandes ginetes, que da á los nuestros, según d' Amicis, aire de príncipes. Vestía chaquetilla de paño azul con alamares negros, pantalón de brin, color plomo, botas granaderas armadas de espolines, y en la cabeza, sombrero blanco de felpa, redondo, penacho punzó y divisa bordada de oro. Sable á la cintura, las riendas en la mano izquierda y en la derecha...el látigo de trenza. Era su arma de combate. Sabía vencer, pero no sabía matar.



El enemigo había sido descubier-

to por el capitán Juan Mesa, de la vanguardia, que estaba de avanzada. Al verlo poner en movimiento, mandó el parte á Medina. Esto fué lo que motivó la formación de nuestra línea

En tanto, la guerrilla de avanzada cumplía con su deber y se aprestaba á resistir el empuje de la poderosa columna que, en aire de ataque, avanzaba por ese lado sobre nuestra debilitada izquierda. Era la vanguardia enemiga al mando del general Urquiza, compuesta de más de dos mil hombres.

La heróica guerrilla resistió cuanto era posible, pero es flanqueada por la izquierda, envuelta y cortada por el enemigo, perdiendo allí vein-

tiocho hombres, entre ellos el alférez Ladislao Sanguino.

A pesar de todo, el bravo Juan Mesa consigue formar los restos de su escuadrón, penetra en nuestra línea por la derecha, cruza por retaguardia, incorporándose á nuestra izquierda, ya en plena batalla.

De los ciento veinte hombres de que se componía su escuadrón, había perdido sesenta, entre muertos y dispersos.



La resistencia y diversiòn de la guerrilla dió tiempo al general Medina para ordenar sus escasas fuerzas y salir al encuentro de la derecha enemiga.

El general Medina, que sabía cre-

cerse ante la dificultad, inició una serie de aquellas soberbias cargas que, ante propios y extraños, le dieron fama gigante en los campos de Ituzaingó.

Vestía un traje elegante y llamativo, al modo paisano. Poncho celeste y blanco, chiripá de seda, también celeste, botas granaderas armadas de espuelas recias, sombrero blando, gacho, y gran divisa colorada. Montado sobre un caballo overo negro, blandía en la mano la imponente lanza.

Se le veía coronar la ondulación en que muere la cuchilla, rehacer los escasos escuadrones y desplomarse de la altura abriendo hondas brechas en la columna enemiga, sin

ceder un palmo, hasta que la línea estuvo en orden á su retaguardia.

El enemigo, rehecho, vuelve á la carga, más numeroso, más irresistible. Sube como la marea amenazando inundarlo todo. Pero Núñez y Luna han olfateado el peligro. A caballo! Al trote! Al galope! Llegan al campo en momentos que la división del coronel Constancio Quinteros carga sobre el escuadrón del coronel Centurión. Caen sobre su flanco derecho y lo arrollan y deshacen. El coronel Almada con sus entrerrianos, viene de refresco, con apariencia más formidable, y los carga sin darles tregua. Unidos á Centurión, se vuelven y le hacen frente, terribles como leones acosa-

dos en su guarida, y lo arrollan y lo lancean, persiguiéndolo más de media legua. Vuelven al campo. Su quehacer no ha terminado.

Núñez tiene un aspecto feroz. La manga derecha ensangrentada; en el asta de la lanza, donde es empuñada por la mano, la sangre se ha hecho espuma y parece hervir; en la espiga, corta y dentada como una sierra, cuelgan girones de carne humana. Eran zarpazos de león.

Nuestra izquierda estaba triunfante, y Urquiza deshecho y huyendo, espoleado por la derrota, después de haber sido rechazado tres veces.



Aunque enfermo ese día, Luna

sin embargo se había puesto al frente de su división; pero, como se sabe, al comenzar la acción se hallaba ausente, lo mismo que Núñez, habiendo llevado con su regimiento los caballos á la aguada. Allí estaba cuando el estampido del cañón y el fragor de las descargas llegan á sus oídos. Era el llamado cariñoso é irresistible de sus viejos amigos, y á la cabeza de su famoso regimiento, precedió á Núñez y se lanzó á la pelea.

Ya en triunfo, cuando el oportuno concurso de estos jefes determinó la derrota de Urquiza, Luna se encontró con aquellos de los suyos que se habían batido á las órdenes de Marcelino Sosa, y éstos le ro-

dean con cariño y lo victorean con gritos de entusiasmo.

Por extraña coincidencia, la imprudente resolución del bravo Luna al abandonar las ambulancias á pesar de su estado, vino á salvarle la vida, como va á verse.



Parece que el general Lavalleja, jefe de la reserva enemiga, con una división de cerca de dos mil hombres, tenía encargo de flanquear nuestra izquierda, relacionando ese movimiento con las cargas de frente que debiera llevar Urquiza.

Sea que Lavalleja no se diese cuenta de la importancia de la operación, sea que al ver nuestras escasas fuerzas y la superioridad nu-

mérica de Urquiza, la creyese innecesaria, el hecho es que, en vez de atacar de flanco, pasa por nuestra izquierda y va á caer sobre el convoy de carretas, que, como se ha dicho, estaba una legua á retaguardia.

En el convoy había ochenta y cinco heridos que fueron degollados.

Igual suerte corrieron tres practicantes que los asistían. Pudieron escapar y salvarse, el cirujano mayor, doctor Fermín Ferreira, y dos practicantes.

A esa fuerza tenía que batir nuestra vanguardia victoriosa.



Pero antes veamos lo ocurrido en la derecha de nuestro ejército, ata-

cada por tres mil hombres al mando del general Servando Gómez.

Aquí la faena fué más ruda y más difícil la situación del ala derecha y la reserva, no solo porque luchaban uno contra tres, sinó porque el jefe contrario era desgraciadamente un oriental y se llamaba Servando Gómez, todavía cubierto con la gloriosa aureola del Rincón.

Entonces, como dice un testigo ocular, *los hombres tenían la sangre muy ardiente*, y Fortunato Silva, olvidando las instrucciones del general Rivera y ganoso de irse á las manos, no bien asomó la columna enemiga, carga á la cabeza de sus escuadrones y los precipita en los cañadones y zanjas que cubrían su

frente y que la previsión de Rivera destinaba á desorganizar y amenguar el ímpetu del ataque enemigo.

Rotas así y desorganizadas nuestras filas antes del encuentro, fueron fácilmente arrolladas y llevadas hasta nuestra reserva, que por tal motivo entró en acción desde el primer momento.

El coronel Venancio Flores fué el primero que resistió el empuje enemigo.

Al generalizarse, la lucha fué empeñosa y con alternativas varias.

La avalancha aplastadora arrollaba nuestros bravos escuadrones; pero éstos se rehacían volviendo desesperadamente á disputar el triunfo, recuperando sus posiciones. A

veces, pelotones deshechos y desmoralizados, como ramas que el huracán arranca de cuajo, caían á retaguardia y aguijoneados por un comienzo de pánico intentaban huir; pero allí tropezaban con el general Rivera, que los reprendía primero, los alentaba después y llenos de nuevos bríos volvían á la lucha.

Un oficial, — el único que se cita, — perdió un instante la cabeza y dió rienda al caballo. Rivera quiso detenerlo y fué llevado por delante.

— ¡ Eso es una vergüenza, señor oficial! — le gritó Rivera, y ante aquella voz el oficial se detiene y queda inmóvil. Entonces Rivera, dirigiéndose á Mateo Tula, ayudante del general Martínez, le dice:

—Ayudante Tula! Hágase cargo de ese oficial *que está asustado*.

Al oir aquellas palabras, el oficial reacciona de pronto y se lanza en medio del combate.

Los indios guaycurús, colocados en la extrema izquierda enemiga, con un movimiento envolvente consiguen rebasar nuestra derecha é intentan atacar por retaguardia.

Semi desnudo el bronceado cuerpo, huincha en la cabeza, tendidos sobre el caballo, llegan á media rienda blandiendo sus lanzas, y pasando á pocas varas del mismo Rivera, atruenan los aires con sus gritos guturales, semejantes al bramido del huracán.

El general Rivera ordena al co-

ronel Agüero que haga fuego con su batallón, y éste haciendo frente á retaguardia, con una descarga logra dispersar á los indios que desaparecen como una visión.

En tal punto, el ayudante Tula fué herido de un lanzazo en la pierna, al querer salvar la vida de un soldado, consiguiéndolo á ese precio.

Detalles son éstos que demuestran la violencia y el poder de las cargas enemigas; pero en manera alguna que Gómez haya podido considerarse vencedor en el ala derecha.

El mismo Oribe que lo afirma, dice que el general Gómez llevó catorce cargas brillantes. Quien tiene que llevar catorce cargas brillantes,

es porque ha sido rechazado catorce veces con igual brillantez,—heroicidad en el caso, dada la increíble inferioridad numérica de nuestros bravos.

Ni un escuadrón fué sacado del campo, ni un instante dejaron de disputarle la victoria, permaneciendo siempre allí, como barrera insalvable.

Eso, pues, no es victoria. Es estar en el fiel de la balanza que un peso cualquiera puede inclinar de un lado ó de otro.

Y así fué.

De pronto, un brazo pujante intervino en la lucha y el enemigo vaciló. Era Ángel Núñez acaudillando sus valientes. Entró como

cuña de acero, soberbio é irresistible como siempre. El enemigo vaciló, perdió terreno y presintió la derrota.

Al mismo tiempo y en completo desorden, aparecen en escena grupos de enemigos que desorganizan las desmoralizadas filas de Servando Gómez y precipitan el desenlace. Eran los dispersos de Lavalleja, sableados por el incansable Medina.

Y comenzó la retirada, la huida, la dispersión.



En el centro, base de la resistencia de nuestro ejército, el drama se desarrollaba buscando el mismo desenlace.

Desde su comienzo, nuestra artillería molestó con eficacia el avance de las columnas enemigas.

Una vez formalizada la batalla en las dos alas, avanzó el centro enemigo al mando del general Eugenio Garzón.

Con tres piezas de artillería, convenientemente situadas, empezó á molestar nuestro centro.

De improviso llega la infantería enemiga, que venía montada, echa pié á tierra y encubierta por una cañada, logra ponerse á tiro, como á doscientos cincuenta metros de la nuestra, y se despliega en guerrilla al reparo de altos pajonales, haciendo un fuego vivo y sostenido. Tan bien dispuesta estaba que no

se veía ni un hombre, fusilando impunemente á nuestros infantes y artilleros.

En esa ocasión fué herido el jefe del 2.º batallón, coronel Agüero.

Nuestros artilleros en cambio, apagaron los fuegos de la artillería enemiga.

Se ha visto que nuestro centro sufrió una carga de caballería traída por los indios guaycurús, que llegaron hasta lancear á algunos infantes, y que obligó al 2.º batallón á hacer frente á retaguardia y con una descarga cerrada dispersar á los valientes indios.

Libre así nuestra retaguardia, ordenó el general Rivera que se desalojase de sus posiciones, á todo

trance, la infantería enemiga. El jefe de la brigada dispuso que el batallón de voluntarios avanzase desplegado en guerrilla para dar cumplimiento á la orden. A pesar de su arrojo, fueron rechazados, siendo herido y muerto el teniente 1.º Juan Soriano. Había necesidad de desalojar al enemigo de su ventajosa posición, y el jefe de la brigada, poniéndose á la cabeza del 2.º batallón, emprendió el ataque decidido.

En tal momento, el alférez Enrique de Vedia solicitó del coronel Pirán la venia para colocar la pieza que mandaba en situación de ametrallar aquellos infantes.

—Manténgase en formación, al-

férez, — le contestó Pirán, — y no quiera ir á comprometer su gente sin objeto.

Pero habiendo oído el diálogo el general Martínez, rectificó:

— Deje, coronel, á ese oficial que vaya donde dice.

El alférez Vedia tenía razón.

Aunque expuesto á ser fusilado, avanzó, corriéndose algo á la derecha, para buscar altura, y colocándose en posición conveniente, empezó á disparar tiros de metralla sobre los infantes enemigos, obligándolos á desalojar en momentos en que el batallón 2.º cargaba á la bayoneta.

El general Garzón dispuso entonces la retirada de la artillería

y la infantería, verificándolo en dos filas.



Había llegado la hora del desastre para el ejército invasor.

En ese instante emprendía la retirada la división del general Gómez.

Dos ó tres tiros de cañón, cuyas balas, bien dirigidas, picaron á retaguardia de la columna, bastaron para provocar el desbande, la huída, el pánico de la derrota.

Y eran como las tres de la tarde cuando tal hecho se producía dando fin á la batalla.

En tal punto la banda lisa del 1.º de cazadores hizo vibrar los aires con las alegres notas de la diana triunfal, que como un eco re-

pitieron en toda la línea los diferentes cuerpos del Ejército vencedor.

Y nuestros héroes, saboreando con deleite las embriagueces de la victoria, gritaban en coro formidable:

—¡Viva la patria! ¡Viva el general Rivera!

VII

Rivera ordenó al general Aguiar y demás jefes disponibles, que reorganizasen los escuadrones que más sufrieron el choque del enemigo, y con ellos batiesen á retaguardia los grupos de dispersos que, tanto de la gente de Lavalleja como de Gómez, habían quedado cortados.

—¡Que no se mate á nadie!—recomendaba á todos.—¡A tomar prisioneros!... ¡No se manche la victoria!

Loable empeño el de Rivera y

explicable recomendación, dada la época y el género de guerra que por sistema traía el invasor, y que era de temer provocase represalías.

El mismo Rivera púsose á la cabeza de dos escuadrones, uno de ellos el de Juan Mendoza, para verificar personalmente la persecución del grupo enemigo que se retiraba más hecho.

La llevó á cabo por espacio de ocho leguas, hasta el paso del Rey, en el río San José.

Allí se detuvo porque la mayor parte de los soldados que le acompañaban, habían quedado rezagados, debido al cansancio de los caballos, al punto que llegó á dicho paso solo con cuarenta hombres.

Despachó algunos chasques á las milicias locales ó partidas que tenía diseminadas por toda la campaña, destinadas á impedir que el enemigo prosperase en ella, confiándoles ahora la misión de hostilizar sin tregua los restos del ejército invasor, y por su parte emprendió el regreso al campo de batalla.



En esta ocasión le acompañaba, entre otros, el coronel Chilavert, que había tenido á su lado durante la acción, pero sin mando.

Se detuvieron un instante en la Azotea del arroyo de la Virgen, donde tomaron agua sin apearse, y continuando el regreso, á unas tres cuadras de la Azotea, vieron que

costeaba el monte una fuerza como de cuatrocientos hombres, que por lo desorganizados, se comprendía que eran dispersos del ejército derrotado.

Entre los hombres de Rivera y los dispersos, corría un cañadón muy hondo y al parecer invadeable. Pero Rivera, dirigiéndose al teniente coronel Juan Mendoza, le dijo:

—Mire, comandante. Por aquella altura, el cañadón dá paso. Vaya con dos soldados, ataje á aquella gente y dígales que soy el general en jefe. Que si quieren entregarse, les garanto la vida y hasta el regreso á su patria, si lo desean.

El comandante Mendoza cumplió la orden.

El que parecía jefe consultó con sus compañeros, y contestó que aceptaban, si se les garantía el regreso á Entre-Ríos.

Ratificó el general su promesa y dispuso que los prisioneros siguieran su escolta hasta el campamento.

Era un espectáculo extraño, por lo inusitado, ver á cuarenta hombres llevando cuatrocientos prisioneros *voluntarios y en libertad*. Estos conservaban hasta sus divisas blancas.

El que hacía de jefe mandó pedir que pusieran gente á retaguardia para que no se extraviasen los rezagados.—Se le enviaron ocho hombres al mando del mayor José Antonio Reyes.

Como don Juan Mendoza manifestara al general que el jefe prisionero parecía persona decente, lo mandó llamar, y resultó ser el secretario de Echagüe.

Al llegar al campamento pidióles Rivera que se quitaran las divisas para evitar conflictos, y así lo hicieron. (1)

Con tan singular acompañamiento volvió el general Rivera al campo de batalla, siendo recibido por los generales Aguiar y Martínez y demás jefes, con vítores de entusiasmo y grandes demostraciones de afecto y regocijo. (2)



(1) Después les cumplió la palabra empeñada, auxiliándolos con ropa y dinero y mandándolos á Entre-Rios en completa seguridad.

(2) Versión del general Juan Mendoza.

Cuando el coronel Núñez dió la nota final de la batalla con su soberbia entrada, no abandonó la presa todavía. Persiguió y deshizo uno de los grupos que se retiraban formados.

Al volver al campo, ya los generales Rivera y Aguiar, con el mismo fin y en opuestos rumbos, lo habían abandonado.

Núñez formó su gente de un modo aparatoso, frente á la línea del centro, y adelantándose unos pasos, sobre el caballo de robusta alzada erguido con suprema arrogancia, llenas de sangre manos y ropas, tendiendo hacia sus soldados la diestra enrojecida, bajo un sol que derramaba torrentes de luz y pare-

cía poner un nimbo de gloria sobre aquella sangrienta aparición,—gritó con voz tonante:

—¡Con estos cuatro indios hemos estado en todas partes y en todas partes hemos triunfado!....

Y aquellos *indios*, electrizados con tales palabras como ante la proclama más elocuente, le interrumpieron gritando á su vez:

—*¡Viva el general Núñez!*

Y todo el Ejército, á una voz, en el colmo de un entusiasmo delirante, soldados, oficiales y jefes, atronaron el espacio repitiendo:

—*¡Viva el general Núñez!*

Siendo así proclamado el ascenso en el campo de batalla.

—Ahora,—agregó Núñez enva-

necido,—díganme: ¿dónde está el general Aguiar?... ¡Quiero recordarle lo del Cangüé!

Parece que en tal paraje, ambos jefes cruzaron palabras agrias sobre cuestiones de valor personal, y Núñez eligió tal momento para ponerles punto con tan sublime bravata.

El general Martínez, adelantándose á su vez, le dijo:

—*General* Núñez! el general Aguiar está cumpliendo con su deber y no merece reproche... Piense además que el general en jefe no está en el campo y que debemos velar por él... Por otra parte, mire hacia aquel lado: el enemigo se retira llevándonos las caballadas y nos

9

deja á pié.. Sería una vergüenza!.. Vaya á rescatarlas!

Y el bravo Núñez, desahogada el alma de una herida hecha á su amor propio, obedeció como un cordero la orden que iba á cumplir como un león.

En efecto cargó á media rienda con sus valientes, dió alcance á los fugitivos, rescató las propias y apresó las agenas caballadas, hizo gran número de prisioneros y volvió al campo satisfecho, aquel infatigable Ayax de nuestra leyenda. (1)



Las bajas de nuestro ejército ascendieron á trescientos veinte muertos y ciento noventa heridos. Entre

(1) Versión del coronel Feliciano González.

los primeros, el teniente coronel Feliciano Rodríguez, ayudante de campo Isidro Fuentes y varios oficiales.

El enemigo dejó cuatrocientos ochenta muertos en el campo de batalla. Tomáronsele prisioneros varios jefes, ciento treinta y siete oficiales y unos mil individuos de tropa. Se le tomaron también caballadas, armas, municiones, bagaje y una imprenta de campaña. (1)



No es exacto que el coronel José María Raña haya caído prisionero.

(1) Esa imprenta fué regalada á don Isidoro De-María por el general vencedor.—El año 49, estando en Entre-Ríos el señor De-María, un pariente suyo, sin sospechar el valor histórico de ese útil, la vendió á don Juan Buela por seis patacones. Dicho señor fundó con ella *El Telégrafo Marítimo*. Existe aun la prensa en poder de los hijos del señor Buela.

En la última carga que dió nuestra izquierda, según testigo ocular, Raña fué perseguido por Marcelino Sosa, quien lo alcanzó en las faldas del cerro y de un lanzazo le dió muerte.



La señal convenida con don Pedro Pablo Sierra para anunciar la victoria, era la cadena del reloj de Rivera, rota en dos pedazos.—El día de la batalla le fué entregada por el teniente Chaná.

Tal fué la primer noticia llegada á Montevideo.

El Chaná había sido despachado por Rivera al pronunciarse la derrota del enemigo, antes de empezar la persecución, y para que

volase con la fausta señal de la victoria, le dió su propio caballo overo rosado.



A las tres y media de la tarde, el general Martínez, haciendo mesa de un tambor, escribió dando detalles del triunfo, y confió el parte á su sargento de órdenes Feliciano González, á quien se le dió el caballo del ayudante Tula,—un alazán marca también de don Sandalio Giménez, padre.

Salió el mensajero á escape. Antes de llegar al Santa Lucía, supo que el Chaná había dado agua al caballo en ese río y trató de alcanzarlo. Imposible. A cada paso es detenido por hacendados y hasta

personas de Montevideo, que ansiosas se acercaban al campo para saber noticias.—«¿Qué hay? ¿Qué sucede? ¿Cómo vamos?»—«¡Vencedores! ¡Vencedores en toda la línea!»—sintetizaba González. Y le daban onzas de oro. Así, sembrando la alegría con palabras tales, á escape siempre, llegó á Montevideo muy entrada la noche.

Parado frente al portón de San Pedro, hoy calle 25 de Mayo á la altura de Florida, á grandes voces se anunció así:

—¡Viva la patria!... ¡Viva el gobierno de la República!... ¡Viva el general Rivera!

Asomóse al muro el jefe político don Luis Lamas, y suponiendo con

razón que aquel era el portador de la buena nueva, le dijo afectando gran aspereza:

—Ché! ¿Qué gritos son esos? De seguro que vienes disparando del enemigo!

—¡No, señor!... ¡Hemos triunfado!... ¡Traigo el parte!... ¡Viva el general Rivera!

Rechinaron los cerrojos, abrióse la gran puerta y entró el mensajero con el caballo de tiro.

El jefe político lo recibió pistola en mano, y después de preguntarle cómo se llamaba, de dónde venía, quièn lo mandaba y con quién servía, recibiendo contestación á todas sus preguntas, le dijo:

—Trae esos papeles!

—No, señor,—contestó González con firmeza,—solo los entregaré al vice-presidente de la República.

—No es tonto el morenito!—dijo el señor Lamas.—Está bien. Vamos al Fuerte. Sígueme!

Por el camino, que hicieron á pié, siempre González con el caballo de la rienda, iba engrosándose el grupo con multitud de curiosos, hombres y hasta señoras. De boca en boca corrían los detalles que el mensajero daba, respondiendo á las preguntas de Lamas. Al llegar á la casa de gobierno, hoy Plaza de Zabala, todo un pueblo los acompañaba dando gritos de júbilo y entusiastas vivas.

En el salón de la casa de gobier-

no estaban don Gabriel Pereira, vice-presidente de la República, el general Rondeau, ministro de la guerra, don Manuel Herrera y Obes, don Santiago Vázquez, don Francisco Muñoz y otras notabilidades de la época.

—Pero si es un triunfo completo! —exclamó Pereira, leyendo luego en voz alta el parte recibido.

Una explosión de entusiasmo y de vivas al general vencedor resonó en el vasto recinto, que oídos de la calle, fueron devueltos por el pueblo allí reunido, con tumultuosa alegría.

El vice-presidente quiso que al sargento González se le extendieran los despachos de alférez; pero éste

se obstinó en no aceptarlos, alegando que estaba al lado del general Martínez y que, como oficial, no podría servirlo en la forma que lo hacía. Como oficial no podría cebarle mate, ensillarle el caballo, lustrarle las botas y limpiarle las armas!

Vázquez inició entre los presentes una suscrición que ascendió á quinientos pesos, y se los dió de regalo al sargento González. (1)



En la mañana del 30 llegó el co-

(1) Es la versión del mismo González.—El episodio pudo ser contado en dos palabras, y la sobriedad de la narración hubiera ganado sin perder nada la historia; pero en éste, como en otros, hacemos crónica sin seleccionar los hechos y sin más propósito que dar una idea de los hombres y de las costumbres de la época. —En consecuencia, recordaremos que, cuando pocos

mandante Bernardino Báez con el parte del general en jefe, redactado en el campo de batalla la noche del 29.—El parte detallado tiene fecha 4 de Enero de 1840.

El país entero recibió con explicable júbilo la noticia del triunfo, y cundió por todas partes gran profusión de canciones y décimas alusivas á la gran victoria, obra de poetas anónimos, y no hubo rancho donde no se cantaran al compás de la dulce guitarra.

Muchos días duraron en Montevideo los ruidosos festejos, y al re-

días después contaban á Rivera el desprendimiento y fidelidad de González, dijo como hablando consigo mismo:

—Estos hombres de color, cuando salen fieles, nadie los iguala. Tal vez ha hecho bien.... Tengo esa preocupación. Asi era mi pobre Yuca. El dia que le obligué á aceptar un grado, me lo mataron!

greso de las tropas urbanas que tomaron parte en la batalla se adornaron las calles por donde debieran pasar, con profusión de guirnaldas, flores y arcos triunfales. De todos los balcones y azoteas de las casas colgaban vistosas telas y las damas arrojaban una lluvia de rosas sobre los arrogantes vencedores.

El mayor Quijano, que era un alma de artista, y por consiguiente, un gran soñador, iba en el batallón Voluntarios de la Libertad, sin poder disimular la inmensa satisfacción que lo embargaba. Herido de bala en la cabeza, aunque levemente, se había atado un gran pañuelo á modo de bendaje, para lucir

mejor aquella herida que daba testimonio de su gloria.

Por hacer la misma ostentación, muchos hubieran dado años de vida.

VIII

Volviendo al teatro de la guerra, la victoria fué completa.

A los siete días ni un solo enemigo en armas pisaba el territorio de la República.

Semejante resultado no condice con la reflexión corriente de que Rivera no supo aprovechar la victoria, reflexión que se apoya en el hecho de haber abandonado la persecución á las ocho leguas y de no haber invadido á Entre-Ríos y darse la mano con Lavalle.

En nuestro sentir, la reflexión no

es motivada, pues en realidad supo sacar de la victoria cuanto de ella pudiera esperarse, y obró sagaz y patrióticamente al limitar su acción á las fronteras de la patria.



Sabía Rivera que aquí, como en todas partes y en todas las épocas, el hombre es más hombre defendiendo lo suyo, que atacando lo ageno por cuenta de otro, sin que baste á nivelar las fuerzas el incentivo del pillaje ni la ambición de gloria.

Que es tanto más fuerte el estímulo en la defensa, cuanto menos complicado el organismo á que pertenece y más de inmediato vinculadas sus partes á la misteriosa región de donde irradian nuestros afectos.

Que, por lo mismo, esa fortaleza va en progresión creciente, de la humanidad á la nación, de la nación al pago, del pago á la familia.

Las naciones grandes en extensión y en hombres, pueden distraer una parte de éstos y llevarlos á la guerra donde quiera, sin que al parecer su mecanismo regular se resienta; pero las pequeñas, como la nuestra, donde en cada lucha intervienen todas sus fuerzas vivas, no es dable gastar esas fuerzas en tales aventuras sin cavar su ruina.

En cambio, esas naciones pequeñas, en razón de su misma pequeñez más en contacto y más avasalladoras de nuestros afectos, son mucho

más fuertes y temibles al defender el propio suelo.

Lo sabía Rivera y nada tiene de singular tal conocimiento. La singularidad está en haber elevado esa verdad á la categoría de un sistema invariable de conducta, sin dejarse desviar por las poderosas exigencias de su vida accidentada, ni por las seducciones de admirables espejismos que halagaban su ambición.

Así se explican y se justifican como sabias y patrióticas, sus obstinadas resistencias á invadir tierras extrañas.

Esto no veían en él los políticos, ofuscados por las impaciencias de un éxito tan inmediato como iluso-

rio; pero lo adivinaba el instinto popular al proclamarlo su caudillo.



Adoptado el sistema, lo llevaba hasta sus últimas consecuencias, dentro de lo posible.

Rara vez sacaba los soldados de sus respectivos pagos, y si lo hacía obligado por las circunstancias, devolvíalos en cuanto desaparecía la urgencia. Así se explica que su ejército activo fuese siempre poco numeroso; pero también así se explica que siempre tuviera ejército, y ejército aguerrido, conocedor del terreno, valeroso, irresistible.

Si estaba al Norte del río Negro, por ejemplo, y deseaba pasar al Sur, licenciaba á los criollos del

Norte y solo pasaba con la plana mayor de jefes y oficiales, seguro de que, como por obra de ensalmo, brotarían soldados veteranos, de resolución indomable, que habían de agruparse como un hombre en torno de su *cabo viejo*.

De ahí que, si ocurría ser derrotado y deshecho, nadie dudaba de su estrella, y al contrario, esperaban todos verlo, al día siguiente, dar al enemigo el golpe de gracia con la más ruidosa victoria.

Por otra parte, sus hechos justificaban fé tan grande.

Tras del desastre de Mercedes, la batalla de Guayabos. Deshecho en Coquimbo, va inmediatamente á cubrirse de gloria en la jornada del

Rincón. Desvanecido su ejército en la acción de Carpintería, consigue la ruidosa revancha de Yucutujá. Batido en el Yí, aplasta y anonada al adversario en la sangrienta batalla del Palmar.

Después de èl, solo el general Flores supo aprovechar las ventajas de tales licenciamientos, y por consiguiente, fué el único, después de Rivera, que supo ser caudillo.



En confirmación de la sabia preferencia que Rivera sabía dar á los elementos locales, recuérdese que en esta campaña, los de Paysandú sostienen la retirada hasta el Río Negro, y desde el Yí hasta el Santa Lucía, ocupa el primer

lugar en el peligro la división de la Florida.

El campamento del invasor, donde quiera que sentara sus reales, era objeto del más mortificante asedio llevado á cabo por las partidas locales. Grupo que se desprendiera del ejército enemigo, era en el acto deshecho.

Los invasores sufrían hambre y todas las estrecheces de un verdadero sitio, cundiendo así la desmoralización en sus filas.

Ahora, después de la batalla, Rivera deja tranquilo su ejército, restituye cada cuerpo al lugar de su procedencia, y donde quiera que el enemigo se encamine, confía su persecución á las partidas locales.

Así guerreaban los chuanes en la Bretaña, y así especialmente, los indomables paisanos de la heróica Vendée, apenas vencida por el genio de Hoche, como tal genio proclamado solo por haber comprendido é imitado la sencilla táctica de los vendeanos.

¿Pusiéronse nuestros criollos á la altura de su caudillo?

Lo repetimos: á los siete días de la batalla, ni un solo enemigo en armas pisaba el territorio de la República!



Los restos del ejército invasor vadearon el río Negro por diferentes pasos y en grupos desordenados,

robando y cometiendo toda clase de excesos [1].

Pero hostilizados sin tregua por las partidas locales, se fraccionaban y dispersaban hasta azotarse al Uruguay, y empujados todavía por el pánico de la derrota, cruzan la provincia de Entre-Ríos en igual desorden, sin detenerse hasta el Paraná unos, y hasta Santa Fé otros.

Urquiza pasó el Uruguay por la barra del arroyo Negro. No sabía nadar y estuvo á punto de ahogarse. En la precipitación diósele vuelta la pelota en que iba, y debió la vida á un montaraz que en tal oportunidad cruzaba, quien lo salvó y pasó en su chalana.

[1] Antonio Diaz

Los generales Echagüe, Gómez y Garzón, uno después de otro, llegaron al departamento de Tacuarembó. Se les incorporó el comandante Juan Valdez con ciento veintiseis hombres y los condujo al Uruguay, que cruzaron por el paso de las Vacas, cerca de Belén.



El gobernador de Santa Fé, general Juan P. López, alias *Mascarilla*, había pasado á Entre-Ríos por orden de Rosas y formaba el ejército de reserva, campado en el Ayuí.

López era considerado como un hombre sin altura moral, falto de ideas, brutal y sanguinario.

Tal concepto quedaría confirmado por la única resolución que adoptó

en presencia del desastre de Cagancha.

Ordenó el saqueo y el incendio del pueblo de Belén, nuestra última población sobre el alto Uruguay, y el exterminio de sus habitantes.

Esa misión fue confiada al general Manuel Oribe, y preciso es decirlo, fué aceptada y cumplida por éste.

En la noche víspera del 17 de Enero de 1840, pasaron el Uruguay, y antes de aclarar el día, habían sorprendido é incendiado la escuadrilla oriental, — cuatro barquichuelos, inservibles ya, que se les denominaba la *Lola*, la *Eufracia*, la *Estrella* y el *Atrevido*. — Entraron á saco en el pueblo de Belèn, pasaron á cuchillo á sus moradores, an-

cianos, mujeres y niños, y se retiraron con los humildes despojos del saqueo, después de poner fuego al pobre rancherío ([1]).

Realizado acto tan inhumano como estéril, López se internó con su ejército, alejándose precipitadamente del Uruguay á fin de evitar un ataque posible de los nuestros.

Por el camino se le incorpora Echagüe con algunos dispersos.

El 25 de Enero el general Garzón con quinientos hombres, se incorporaba á su vez á Oribe en su campamento de Mandisoví Chico.



Rosas sintió y valoró toda la ru-

([1]) Antonio Díaz, *Historia de las Provincias del Plata;* y general Batlle, *Memorias* citadas.

deza del golpe. Se recogió como el tigre que le han cortado una garra, y fingiendo un conato de renuncia, se hizo otorgar las extraordinarias por una cámara servil. Y comenzó el año 40, el año terrible, abrevando en sangre sus locos terrores.

El éxito de Cagancha retempló á los patriotas argentinos, que osaron luchar con el coloso cuerpo á cuerpo, y la campaña de Lavalle estuvo á punto de anonadar su poderío.

Todavía en Caseros alienta el espíritu que animó á los héroes de Cagancha.



Esa victoria tuvo gran resonancia en Europa, tanto por haber sido obtenida contra Rosas, cuyo poder

se consideraba incontrastable, como porque revelaba la existencia de un pueblo independiente, con la fuerza y la voluntad de serlo.

Hasta entonces, eso se ignoraba por completo, considerándose á este país como la resultante arbitraria y efímera de un acuerdo entre dos naciones vecinas, que la voluntad ó el capricho de las partes contratantes pudiera anonadar de un soplo.

La batalla de Cagancha demostraba que la independencia de este país arraigaba profundamente en el corazón de sus hijos, cuando así lo consagraban en tan glorioso hecho de armas.

Bajo tal punto de vista, Cagancha está á la altura, á más altura que

cualquier batalla de la guerra de la independencia.



A la sombra de tal convencimiento, se produjo un vigoroso movimiento inmigratorio, que llegó á la entonces asombrosa cifra de veintitres mil inmigrantes.

El comercio, la industria, el espíritu de empresa, todos los factores de un rápido engrandecimiento, nacieron á la vida con fuerza extraordinaria.

El incremento de la población material de Montevideo se acrecentó al punto de brotar, como por encanto, tres mil edificios de construcción moderna. Los alquileres dieron un diez y ocho por ciento del valor de

las fincas, llegando al increible máximum de un veinticuatro por ciento.

Trabajaron en las cercanías de la capital veinticuatro saladeros en grande escala.

La importación se elevó á siete millones y la exportación á más de ocho millones de pesos, excediendo en más de dos millones al siguiente año.

Las rentas de aduana, sin modificar la tarifa de los derechos, aumentaron en más de tres veces los producidos anteriores.

Atraidos por el sol de nuestra prosperidad naciente, novecientos buques de ultramar surcaron las aguas de nuestra bahía (1).



(1) Isidoro De-Maria.

Tales fueron los frutos que dió la batalla de Cagancha y que se hubieran malogrado si Rivera obedece la sujestión de invadir la República Argentina.

Tal fué la hermosa conquista realizada por nuestros bravos en la campaña heróica.

¡Gloria, pues, á los héroes de Cagancha!

¡Gloria á Rivera su inmortal caudillo!

Montevideo, Enero 13 de 1894.

FIN

APÉNDICE

A

Hé aquí la comunicación que pasó el general Echagüe al gobernador Rosas, á cuya comunicación aludimos en el testo:

¡Viva la Federación!

El General en Jefe del ejército de operaciones de la Confederación Ar-

11

gentina contra el traidor unitario Rivera.

Cuartel general en la costa oriental del Uruguay, á inmediaciones del Salto,—Agosto 2 de 1839.—Año 30 de la Libertad, 25 de la Federación Entrerriana, 24 de la Independencia y 10 de la Confederación Argentina.

Al Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, ilustre restaurador de las leyes, Brigadier General don Juan Manuel de Rosas.

Tengo el honor de poner en cono-

cimiento de V. E. que el ejército de mi mando se halla hoy en el território de la República Oriental, dando principio á sus operaciones militares para destruir el poder del anarquista unitario Rivera, quien no contento con haber derrocado las autoridades legalmente constituídas y anulado sus leyes, posteriormente tuvo la osadía de provocar una guerra con la República Argentina protegiendo á los envilecidos unitarios en su inícuas empresas de ataque á la Confederación, y aliándose á los pérfidos agentes de la Francia para mejor conseguir el objeto de su abominable plan.

Me es altamente satisfactorio anunciar á V. E. que desde los pri-

meros pasos que ha dado el ejército de la Confederación Argentina sobre el territorio oriental, se han marcado muy terminantemente los efectos de la opinión pública que condena al caudillo y sus parciales, como la diferencia que media entre los soldados de la Independencia americana y los esclavos de un déspota aborrecido; porque de cierto, los buenos orientales han recibido al ejército como al restaurador de sus leyes y libertades públicas; y los enemigos han huido en todas direcciones, abandonando el campo á los bravos que van á mis órdenes, aun cuando las partidas nuestras que se hayan encontrado con ellos les fuesen inferiores en número.

El ejército vadeó el Uruguay por diferentes pasos sin que encontrase la menor resistencia en el río ni en la costa oriental y á la mayor brevedad se pondrá en movimiento hacia el Queguay, donde se hallan los enemigos para batirlos si osasen esperarlo.

Me asiste la confianza, Excmo. Señor, de que muy pronto tendré el placer de anunciar á V. E. que la República Oriental se halla libre del malvado que la oprime y degrada, y que con su existencia, concluyeron las esperanzas de los salvajes unitarios, y las ilusiones de conquista que temerariamente abrigaron los piratas ambiciosos franceses, enemigos miserables

de la libertad y dignidad de la América.

Entre tanto me complazco en reiterar á V. E. la expresión de mi consideración más distinguida.

Dios guarde á V. E. muchos años

PASCUAL ECHAGÜE.

B

Véase la última carta que el general Rivera escribió al general Lavalleja y á que también nos referimos en el testo:

Montevideo, Julio 10 de 1839.

Señor General don Juan Antonio Lavalleja.

Mi compadre y amigo:

Ya supongo á Vd. enterado de

mis cartas que le dirijí desde el Durazno, y de lo que le haya á Vd. instruido el señor coronel Latorre, conductor de ellas. Á mi arribo aquí hablé á mi comadre, á Barreiro y otros amigos. Ella y Miguel le escriben á Vd. por otra vía. Miguel está resuelto á ir á ver á Vd.; pero es preciso que Vd. le diga si puede ó no hacerlo, y adónde podrá tener con Vd. una entrevista. No marcha, porque ignoramos la posición de Vd. y no queremos aventurar un paso que pueda perjudicarlo, ignorando cuál es el estado de sus relaciones con esos jefes de Rosas. Sirva á Vd. de gobierno que nosotros no estamos distantes de entrar en negociaciones de paz con el Gobernador

Rosas, toda vez que ella sea en términos razonables y que tengamos unos y otros una positiva garantía.

El General Martínez sale para Casapava con el carácter de agente confidencial cerca del Gobierno Republicano, con el objeto de hacer efectivo el tratado privado que tuvo lugar, en Setiembre del año pasado, en mi Cuartel General al frente de Paysandú, cuando fué allí el coronel Matos, de lo que tiene Vd. noticia. Ya he dicho á Vd. que ese negocio está perfectamente arreglado y que ahora va á dársele la última mano para afianzarnos definitivamente.

Mucho quisiera escribir á Vd., pe-

ro lo omito hasta que reciba su contestación, que espero sea satisfactoria y siempre interesada por el bien de la Patria.

Van esos diarios de Buenos-Aires y de aquí. Por unos y otros verá Vd. lo ocurrido últimamente en Buenos-Aires. Por allí, compadre, no se andan con chicas, — se mata gente de todos modos. ¿Qué dice Vd. del fin de Cullén después de tanta bulla? Qué malo es meterse en tierra agena á querer figurar! Mejor le habría estado á aquel pobre diablo haberse quedado en Lanzarote comiendo papas, y no venirse á América á ser ejecutado. Una miseria somos los hombres. Creemos ir por

un camino de flores, y al fin vamos á un precipicio.

Lo saluda su compadre y amigo Q. B. S. M.

FRUCTUOSO RIVERA.

P. D. Expresiones á Servando.



Se comprende que la ligereza con que Rivera habla del infeliz Cullén, solo tiene por objeto impresionar el ánimo de Lavalleja á fin de provocar en él una reacción patriótica.

C

Primer parte de la Batalla de Cagancha

El Presidente de la República y General en Jefe del Ejército.

Tengo la satisfacción de comunicar al Señor Ministro de la Guerra, para conocimiento del Gobierno de la República, que el ejército de mi mando ha conseguido un completo triunfo contra el ejército invasor. Su infantería va en fuga con dos piezas, pero el ejército la persigue y pronto estará en nuestro poder. To-

da su caballería ha sido deshecha completamente, quedando en poder del ejército sus bagajes, inmensas caballadas, porción no pequeña de prisioneros y muchos muertos.

La pérdida del ejército de la República, no pasará de doscientos entre muertos y heridos.

No ha muerto ningún jefe nuestro: algunos están heridos levemente.

El señor comandante don Bernardino Báez instruirá al señor Ministro de los pormenores, mientras tenga la satisfacción de dar al Gobierno el parte circunstanciado.—El mismo comandante Báez presentará á V. E. una bandera que tomó la brigada de infantería, á la enemiga que huía á su frente.

Al cerrar este parte solo me resta felicitar al Gobierno y á la República en general, y felicitarme por tener el honor de mandar un ejército de valientes, á quienes recomendaré como merecen á la consideración del Gobierno y de la República á que tan dignamente pertenecen.

Campo en Cagancha, Diciembre 29 de 1839.

FRUCTUOSO RIVERA.

Excmo. Señor Ministro de la Guerra, Brigadier General Don José Rondeau.



Parte circunstanciado

Ejército de la República.

Cuartel general en el arroyo de la Virgen.

Excmo. señor:

Ocupado en la persecución de los enemigos, y al mismo tiempo, en disponer la marcha de algunas divisiones que han de ejecutar operaciones importantes al Norte del Río Negro, me veía privado, hasta este momento, de poder reunir los conocimientos que necesitaba para cumplir con el deber que me impuse, cuando pasé al Sr. Ministro mi no-

ta del 29 de Diciembre; mas hoy voy á llenarlo.

Luego que puse el Ejército en movimiento de la Calera, fué ya con la resolución de combatir; pero los enemigos, lo que nos abistamos, trataron de eludir el ataque.

Así permanecimos desde el 24 hasta el 29, en que á las 10 de la mañana, recibí parte que todo el ejército enemigo montaba á caballo. En el momento, dí mis órdenes, y nuestra línea se formó del modo que voy á detallar.

La derecha era mandada por el señor coronel don Fortunato Silva, y éste tenía á sus órdenes á los jefes de cuerpos coroneles don Pedro Mendoza, don Faustino Ló-

pez, don Victoriano Camacho, don Simón Bengochea, y tenientes coroneles don José H. Mirabal y don Juan Mendoza.

El centro se componía del batallón N.º 1, coronel don Santiago Labandera, á la derecha de la artillería. Ésta estaba mandada por el teniente coronel Pirán y el de igual clase Vedia. A la izquierda de la artillería estaba colocado el 2.º batallón, coronel don Pedro J. Agüero. Después seguía el 3.º á las órdenes del coronel Soriano..

La izquierda era mandada por el señor coronel don Ángel Núñez, teniendo á sus órdenes á los jefes de cuerpos coroneles don Hipólito Cuadra, don Belarmino Páez da Silva,

don Manuel Díaz, y tenientes coroneles don Antonio Mendoza y don Bernardino Báez.

A la izquierda de esta fuerza se encontraba el señor general Medina, con el cuerpo de vanguardia, cuyos jefes eran los señores coroneles don Luciano Blanco y don José María Luna.

La reserva que la mandaba el señor general Aguiar, jefe del Estado Mayor, la componían los cuerpos del señor coronel don Manuel Freire, don Venancio Flores, don Juan Ramos y el teniente coronel don Vicente Viñas.

A más se hallaban allí todos los oficiales del Estado Mayor cuya relación se incluye por separado.

Dispuesta ya la línea, se avistaron los enemigos, y vernos, y cargar sobre nuestras alas, todo fué instantáneo; pero nuestros jefes, veteranos antiguos en la guerra, les salieron al encuentro, y cruzando sus lanzas los hicieron huir. Nuestros cuerpos regresaron á sus puestos, por que era la orden que tenían, y ellos, rehechos otra vez, volvieron al combate y fueron segunda vez rechazados. Sin embargo, tentaron un nuevo ataque y tuvo igual resultado que los dos primeros. Mientras que la caballería enemiga había repetido la primera y segunda carga,—encubierta por una cañada se había aproximado la infantería y tres pie-

zas de artillería, á la artillería é infantería nuestra.

Entonces destinó el jefe de la Brigada al batallón de Voluntarios para que marchase en guerrilla sobre los enemigos; mas observando que no abandonaban el punto, se puso á la cabeza del batallón N.º 2 y al paso de carga se fué sobre ellos, á la bayoneta, haciéndolos huir.

Este era precisamente el momento en que tenía lugar el tercer encuentro de nuestra caballería.

Así fué que ya la derrota se hizo completa y general, y nuestra caballería continuó la persecución, habiendo sido preciso que se detuviera algún tiempo la infantería y artillería en el campo, para evitar que

algún cuerpo extraviado pudiese volver á él, y para recoger nuestros heridos y organizar algunos cuerpos de caballería. Pero una hora despues continuó su marcha.

Aquí me es forzoso hacer un paréntesis para decir á V. E. que la artillería hizo sobre los enemigos un fuego sumamente vivísimo, que acredita el buen estado en que se hallaba. Tambien diré que el Coronel del cuerpo don Julián Martínez, á pesar de su estado de inutilidad, se mantuvo al frente de él.

La pérdida del enemigo, entre muertos y prisioneros, la calculo en más de mil hombres (entre ellos está Raña), siendo el de los segundos pequeño en comparación de los

primeros. Se les ha tomado también inmenso armamento, todo su parque, equipajes, una imprenta, dos esmeriles de bronce y toda su caballada.

Nuestra pérdida alcanza á doscientos hombres entre muertos y heridos. En los primeros se cuenta al teniente coronel don Feliciano Rodríguez y al ayudante de campo don Isidro Fuentes, y algunos otros oficiales más, cuya relación se dará por separado. En los segundos se halla el señor coronel del batallón N.º 2, don Pedro José Agüero, y otros oficiales subalternos.

....

Al cerrar esta comunicación no puedo decir á V. E. más sino que

los señores generales, jefes, oficiales y tropa del Ejército de la República, se han hecho todos acreedores á las mayores distinciones del gobierno, como á la estimación pública. Yo por mi parte suplico se haga por ellos todo cuanto justamente creo que merecen.

Dios guarde á V. E. muchos años.

FRUCTOSO RIVERA.

Cuartel General, Enero 4 de 1840. —Excmo. señor brigadier general don José Rondeau, Ministro de Guerra y Marina.

D

Parte del general Echagüe

El General en Jefe del ejército de operaciones de la Confederación Argentina.

Cuartel general en la costa del Uruguay, Enero 14 de 1840.—Año 31 de la Libertad, 26 de la Federación Entre-Riana, 25 de la Independencia y 11 de la Confederación Argentina.

Al Excmo. Señor Gobernador y

Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, encargado de los negocios de paz y guerra, y Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, Brigadier General don Juan Manuel de Rosas.

El 29 de Diciembre último, en cumplimiento de las órdenes de V. E., entre los arroyos de la Virgen y San José, tuvo lugar una batalla con el anarquista incendiario Rivera, sobre sus mismas trincheras.

Repetidas veces tuve la confianza de asegurar á V. E., que ese traidor y su miserable ejército, tardarían en ser destruídos el tiempo que demorasen en admitirme el combate á que por más de tres me-

ses lo provoqué. En esta vez, tengo el placer de ver realizado este anuncio, aunque no en toda su estensión. —No obstante la posición ventajosa del enemigo, la superioridad numérica de su infantería y su tren de 10 piezas de artillería de calibre, el ejército de mi mando lo atacó denodadamente, y obtuvo cuantas ventajas podían apetecerse, para asegurar un triunfo decisivo.—Flanqueado el ejército del tirano por ambos costados, cargada por su retaguardia y despedazada la mayor parte de su caballería por el ímpetu de nuestras lanzas, huían en todas direcciones.

Por fin estuvo en nuestro poder su parque y todo el material de

guerra de su ejército, y el completo éxito pendiente de 500 caballos escasos que le quedaban en formación defendidos por las fuerzas de su infantería y artillería; pero en el momento decisivo todos mis esfuerzos fueron insuficientes para restablecer nuestras columnas dispersas en el calor de la persecución á muerte que hacían á la caballería enemiga, y presentando por monumento del ardor y decisión de los soldados de la libertad, más de 1800 cadáveres enemigos tendidos en el campo, me conservé á su frente (1) hasta que oscureció del todo, y á media legua de distancia del campo durmió el

(1) El General Echagüe desapareció del campo de batalla en la dispersión de las caballerías.—(Nota de don Antonio Díaz.)

ejército con el designio de cargar al día siguiente sobre las trincheras enemigas; pero advirtiendo haberse consumido las municiones ([1]), en conformidad á las órdenes anticipadas de V. E. emprendí mi retirada al Uruguay, después de haber dado una lección terrible al tirano que osó declarar la guerra á la Confederación.

V. E. formará una idea del estado del enemigo después de la batalla, al advertir que á la noche campé á distancia de media legua del lugar del combate, y que el anarquista Rivera, tan lejos de per-

([1]) Olvidó el señor general que había dicho renglones antes que el parque enemigo estaba en su poder, y en consecuencia era éste el que debía encontrarse sin municiones.—(Nota de don Antonio Díaz.)

seguirme, abandonó su posición, dejando sus fogones encendidos y retirándose á Santa Lucía, y que en mi lenta marcha no ha osado seguirme, respetándonos como á sus vencedores. Tan lejos de dejarle el más pequeño trofeo de guerra, con que pudiera alucinar á los salvajes unitarios, no le han quedado sino motivos para temblar del valor argentino.

Oportunamente remitiré á V. E. un parte circunstanciado de la jornada del 29, y recomendaré el ardor y la lealtad de los valientes que me han acompañado. Entre tanto puedo asegurar á V. E. que nuestra pérdida no pasa de 200 hombres.

El ejército de mi mando ha traido

conmigo 28 mil caballos. Pronto estaré equipado de los demás elementos de guerra que le faltaban, que V. E. me ha remitido para marchar donde el honor y la libertad de nuestra patria nos llaman.

Dios guarde á V. E. muchos años

PASCUAL ECHAGÜE.

«Esta clase de documentos,—dice don Antonio Díaz,—en vez *de cubrir el espediente*, dañan la reputación de un general, cuyos actos deben llevar siempre el sello de un proceder circunspecto y digno.»

Por lo demás nos inclinamos á creer que Rosas haya recibido del general Echagüe noticias más exac-

tas, y que el parte trascrito sea la forma convenida para la publicidad.

Es sabido que Rosas hacía festejar todo hecho de armas, favorable ó adverso, como si fuera un triunfo. Llegó á festejar hasta la batalla de Caseros, haciendo circular el parte de la pretendida victoria. Hubo creyentes de tan buena fé, que muchos años después de esa batalla, creían á Rosas triunfante y que si abandonó el gobierno y se expatrió, fué por cansancio ó persiguiendo altos fines políticos.

E

Para completar esta información, vamos á dar cabida á una carta del general Manuel Oribe, dando detalles y abriendo juicios sobre la batalla de Cagancha.

Carta del general Oribe

Campo en Mandisoví Chico, Enero 25 de 1840.

Mi querido Amigo:

....

Aunque á la fecha creo á Vd. ya en posesión de todos los pormeno-

res del contraste de Cagancha, no por eso quiero dejar de manifestarle los motivos que han tenido la parte más activa en ese suceso que debió traer la absoluta tranquilidad de nuestra patria; mas desgraciadamente tantos esfuerzos se vieron malogrados allí y lo más sensible aún es que un general oriental, fué á juicio de todos el único causador de tal desastre. Este motivo, pues, me hace encargar á Vd. la mayor reserva acerca de lo que voy á manifestarle; mas puedo asegurarle que todo lo he obtenido de personas de la mayor imparcialidad y aún muchas de la amistad del general á que he hecho referencia y que es el general Lavalleja. Entre estas últi-

mas se encuentra el señor general Urquiza quien tuvo que soportar su mala suerte, tan solo por el retardo que hizo padecer aquel general al movimiento que se le había encargado, esto es, el flanqueo del ala izquierda enemiga para lo que el señor general Urquiza le entregó la mayor parte y lo más selecto de su división [1]. Concluido esto último recibió orden de cargar y se lanzó sobre los enemigos quienes más fuertes en número lo rechazaron [2].

(1) El general Oribe no está bien enterado ó cree prudente reservar la verdadera causa. Lavalleja, antes que retardarse, precipitó el movimiento con exceso de confianza, pasando por nuestra izquierda y yendo á apoderarse del convoy, á una legua á retaguardia del Ejército Oriental.

(2) Tampoco es exacto. En tal instante, por ausencia de algunas divisiones, los orientales resistieron las cargas de Urquiza en número inferior á la mitad de los que atacaban.

Este golpe de ningún modo arredró á tan intrépido general, quien rehecho en el momento y en el mismo campo, volvió sobre el enemigo y otra vez tuvo que sufrir ser deshecho. Organizado de nuevo y en la esperanza de que el general Lavalleja llenaría el objeto á que habían sido destinados, no vaciló un momento y por tercera vez se fué sobre los enemigos, pero flanqueado por un Escuadrón de Rivera no le fué posible resistir y tuvo que ceder á pesar suyo lamentando la pérdida de una porción de bravos que á haber hecho el general Lavalleja su movimiento no se hubieran sacrificado sin fruto. Empero este contraste fué reparado por nuestra iz-

quierda. Catorce cargas brillantes dadas por la legión «Fidelidad,» á las órdenes del bravo general Gómez, lo habían decidido todo y los vándalos de Rivera lanceados en todas direcciones libraban su salvación á la fuga. Todas sus carretas, municiones, caballadas y demás perteneciente á su horda se encontraba en nuestro poder. El general Gómez vencedor en todas partes ocupaba el campo y los semblantes de todos manifestaban el contento por tan completo triunfo (1). Rivera con 300 ó 400 hombres se había refugiado

(1) **Lavalleja fué, y no Gómez, quien en mal hora se apoderó de las carretas y demás, para devolver en breve la presa en la más completa derrota. En el testo consideramos el supuesto triunfo de Gómez sobre nuestra derecha, que solo puede afirmar el general Oribe dominado por las pasiones del momento.**

dentro del mal seguro cuadro formado por los restos de su ya desmoralizada infantería, cuando la presencia del general Lavalleja con todas las fuerzas que tenía á su disposición hizo cambiarlo todo. En el acto de llegar él, ordenó al general Gómez formase columna y lo acompañase á buscar al Gobernador. Á esta orden se resistió por lo pronto el general objetando que en esa comisión no se necesitaban sino enviar dos escuadrones, mas reiterada la orden, el general Gómez obedeció creyendo que el señor general en jefe estaría inmediato (1).

(1) El general Lavalleja, subordinado del general Urquiza, no podia ordenar al general Gómez, de una gerarquia superior en la batalla, como jefe de un ala. Por otra parte, viniendo derrotado de nuestra retaguardia no es presumible que noticiase á Gómez la

Emprendida la marcha, hizo tocar trote el general Lavalleja, y entonces dos mil y tantos valientes que no habían cedido al empuje de las lanzas de los malvados anarquistas, se vieron obligados, por una descabellada disposición, á abandonar un campo donde pocos instantes antes habían, denodados, obtenido el más señalado triunfo, y con él, la libertad de la República. Tal paso hizo recuperar á Rivera todo lo que había perdido y esto, unido á la violencia del aire de la marcha, en la que el general Lavalleja quiso abandonar un cañón que

ausencia de Echagüe, y si Gómez ó los suyos, á Lavalleja. Es lo cierto, que ya estaba doblada por los nuestros la izquierda enemiga, cuando los dispersos de Lavalleja la empujaron precipitando la derrota.

se había volcado, y que se salvó por el general Gómez, y algunos tiros de la artillería del caudillo, sembró en nuestro ejército la desmoralización. La legión, sola, siempre llena del más ardoroso entusiasmo, é intacta, pues no perdió un solo hombre en las diferentes cargas, fué la que resistió al desaliento entonces casi general, y en gran parte contribuyó á la salvación del ejército. Efectuada tan inesperada retirada, el general Lavalleja se separó solo sobre un flanco de la fuerza, y desde entonces no ha hecho hasta hoy el menor esfuerzo, pues se ha dado por enfermo. Tal conducta no podía de modo alguno quedar impune; en el día el

sello de la reprobación general ha caído sobre ella, y los orientales todos no ven en él sinó el hombre causador de sus actuales desgracias. Satisfactorio me es asegurar á Vd. que ellas no serán eternas y que dentro de poco espero, contando con el patriotismo y decisión de los patriotas que me rodean, llevar á cabo la empresa sagrada que nos ha cometido la República.

En el momento que escribo á Vd. entra al campo el señor general Garzón con quinientos hombres más, y esta fuerza unida á varios escuadrones orientales que con sus jefes y oficiales se hallan en la provincia de Río Grande, me pondrán en breve en la más imponente ac-

titud. Nadie aquí duda un instante del triunfo, y todos ansían el momento que debe libertar la Patria y anodadar al caudillo para siempre. Él no está lejano.

MANUEL ORIBE.

F

Saqueo de Belén

En confirmación de lo que aseveramos respecto á lo ocurrido en Belén, después de la batalla, vamos á entresacar algunos párrafos de las *Memorias* del teniente general Batlle.

Dice así:

«Cierto era que Rosas había reforzado aquella provincia (Entre-Ríos), con gente pasada de Santa Fé, al mando del gobernador don

Juan P. López, quien se había allegado á la frontera de Corrientes por la parte del Uruguay. Mas sabedor allí de cuán importante era el ejército que con todo afán estaba adoctrinando el general Lavalle, y poco después el descalabro de Echagüe, se cree inseguro y solo piensa en retirarse.

«Fronterizo á su campamento está el pueblo de Belén, último en nuestra costa sobre aquel río, y piensa dejar señales de su presencia en aquellos parajes, de que va á huir por miedo á sus contrarios, con el saqueo y degüello de aquellos inofensivos moradores y pobre ranchería!

«Vadea el Uruguay en una noche

del mes de Enero de 1840, sorprende el pueblo y le roba y pasa á cuchillo á infelices mujeres, niños y ancianos! Hecho cuya parte sangrienta es atroz, por cuanto no había pretesto que lo autorizara; y que faltan en el idioma voces con que anatematizar, desde que se recuerde que fué ejecutado por don Manuel Oribe, el mismo que poco antes era Presidente en esta República. Juzgamos preciso decirlo así, para que los que no tengan antecedentes sobre estos hechos, no entren á dudarlo: ¡tánto parece increíble!»

G

Rectificación del general Vázquez

La narración de la batalla de Cagancha, publicada en *El Día*, dió motivo á la siguiente carta del general don Eduardo Vázquez.

Señor Don José Batlle y Ordóñez.
Presente.

Mi amigo: Con el interés que despierta en nosotros la narración de las luchas homéricas en defen-

sa de la causa de la libertad, he leído el folletín publicado en su interesante diario *El Día*, debido á la pluma del inteligente publicista Dr. D. Anacleto Dufort y Álvarez, sobre la memorable acción de «Cagancha», en que las fuerzas al mando del ínclito General Rivera se cubrieron de gloria el 29 de Diciembre de 1839.

Tenía especial interés en conocer todos los detalles de aquella acción, creyendo siempre que ellos concordaran con los que, desde mi niñez, tenía grabados en mi memoria por la narración que más de una vez, había escuchado de los labios de mi extinto padre, actor, no diré principal, pero cuando me-

nos coadyuvante activo de aquella jornada.

En nada difieren los datos que conocía en cuanto á la acción, así como á la batalla, y digo que en nada difieren aún cuando el viejo soldado narraba á su manera aquéllos, con la naturalidad del lenguaje del hombre habituado á esos hechos, no con la galanura de estilo y de dicción que es característica al Doctor Dufort y que hace más interesante todo cuanto sale de su bien cortada pluma.

Pero existe una omisión, involuntaria por parte de aquel amigo, que quiero rectificar por dos razones: una, porque no puedo consentir que se despoje de una gloria que

le cupo á mi infortunado padre en aquella acción; la segunda, porque es un error histórico que debe subsanarse, cual es el siguiente:

Dice el Dr. Dufort: «En seguida «y á las órdenes del coronel So- «riano se colocó el batallón Volun- «tarios de la Libertad, reforzado «con las milicias de Canelones al «mando del capitán D. Tomás Ma- «driaga, que formaba la izquierda «del Batallón. El teniente coronel «Lapuerta había sufrido una luxión «en un pié y se vió obligado á asu- «mir en la lucha una actitud pasi- «va, quedando de hecho como se- «gundo jefe el sargento mayor don «Fernando Quijano.»

He aquí el error que deseo recti-

ficar en la narración del Doctor Dufort.

No fué el mayor Quijano el que se colocó al frente de los voluntarios, pues cuando sufrió la luxión el comandante Lapuerta y abandonó el mando del cuerpo, el mayor Quijano hallábase ausente, haciéndose cargo de él, el entonces teniente coronel don Juan F. Vázquez, que desempeñó los cargos de primero y segundo jefe desde los albores de la batalla hasta su terminación.

Esta afirmación se halla confirmada por el coronel Soriano de cuya palabra no es posible dudar, pues tenía á sus órdenes aquel bizarro batallón.

Y para que no suponga ni por un momento que es la pasión del hijo la que quiere conquistar un título á su progenitor, acompaño testimonio de los certificados que conservo en mi poder y que comprueban acabadamente mi rectificación, certificados que pongo desde ya á la disposición del Dr. Dufort.

Agradeciendo de antemano la publicación de estas líneas, lo saluda afectuosamente su amigo:

Eduardo Vázquez.



CERTIFICO:—Que el teniente coronel don Juan Feliciano Vázquez, se halló á mis órdenes en la Batalla de Cangancha, sirviendo en el Ba-

tallón de Voluntarios, habiéndose portado con el mayor honor, no solo el día del combate, sinó en todo el período que precedió á él; y á los fines que le pueda convenir, le doy éste en Montevideo á veinticuatro de Abril de mil ochocientos cuarenta y seis.

Enrique Martínez.



El coronel del extinguido Batallón de Voluntarios de la Libertad número 3, certifica, en cuanto puede: que el capitán graduado de teniente coronel, haciendo las funciones de mayor agregado, don Juan Feliciano Vázquez, se ha comportado con la mayor asiduidad, esmero y acti-

vidad en todo el tiempo anterior á la célebre Batalla de Cagancha, y que el día que ella tuvo lugar, estuvo á la cabeza del Batallón, haciendo de comandante, y al mismo tiempo de mayor, por ausencia de los individuos que desempeñaban estos cargos.

Su comportación en la batalla, fué marcada por la serenidad y el valor con que mantuvo su puesto en los momentos más difíciles, permaneciendo firme hasta que no quedó al frente de las bayonetas del cuerpo de que era comandante, un solo enemigo.

Y para los fines que puedan convenirle, le doy el presente, firmado de mi mano, en Montevideo á ca-

torce de Febrero de mil ochocientos cuarenta.

Santiago Soriano.



Certifico:—Que el teniente coronel Don Juan Feliciano Vázquez tuvo una parte activa en el triunfo que se obtuvo en la Batalla de Cagancha, á órdenes del Sr. coronel Soriano, portándose en ese día con valor y serenidad; y para los fines que le convengan, le doy el presente certificado, en Montevideo á quince de Marzo de mil ochocientos cuarenta.

Juan José Aguiar.



Señor director de *El Día:*

Nuestro amigo el general don Eduardo Vázquez, rectifica en *El Día* de ayer, el error padecido en la narración de la batalla de Cagancha, al omitirse el nombre de su señor padre, el entonces teniente coronel don Juan Feliciano Vázquez.

Desgraciadamente, serán muchas las omisiones de ese género, por más empeño que he puesto en averiguar y consignar el nombre de todos los actores de aquella heróica jornada, no ya solo de jefes de la importancia del señor Vázquez, sino hasta de los últimos soldados.

Por eso agradezco al general Vázquez el dato con que va á ilustrar

mi narración, pues, con toda oportunidad, llega cuando la mencionada narración está en prensa para ser editada en forma de libro.

Del mismo modo obligaría mi reconocimiento toda persona que pudiera indicarme, con tiempo, omisiones semejantes, tanto de hechos como de nombres, sean éstos de personas fallecidas ó de las que sobrevivan, y hubieran tomado parte en la batalla de Cagancha, sin distinción de grados ni de clases.

Me complace sobremanera que el general Vázquez halle que lo que narro, «en cuanto á la acción así como á la batalla,» en nada difiere de lo que oyó de labios de su señor padre.

Eso me demuestra que es autèntica la fuente de mis informaciones, lo que me produce una gran satisfacción y me alienta en la prosecución de mi humilde trabajo.

Saluda al señor director, su amigo afectísimo.—*A. Dufort y Álvarez.*

S/c. Abril 12 de 1894.

II

Rectificación del mayor Cosio

Por la misma causa, el sargento mayor graduado, don Domingo Cosio, nos dirijió desde las columnas de *La Razón*, la carta que va en seguida:

Sr. Doctor D. Anacleto Dufort y Álvarez—Distinguido señor: He leido con detención, y con el interés que naturalmente inspira en el ánimo de un patriota, la publicación hecha por Vd. en el diario *El Día*, de

uno de nuestros más gloriosos hechos de armas, cual es la campaña y batalla de Cagancha; hechos que tuvieron lugar en la segunda mitad del año 1839, pero con un tesón, con un batallar incesante, por que de las escaramuzas diarias que tuvimos en ambas márgenes del Santa Lucía Grande, no hay quien conserve memoria exacta; pero de cuyos resultados, ya podía deducirse, que minaba el germen del desaliento las filas de aquel, relativamente, poderoso ejército, que hasta allí nos había venido acosando sin darnos tregua ni descanso.

Yo tuve la honra de pertenecer como ciudadano voluntario al es-

cuadrón del señor coronel don José María Luna,—el Bayardo oriental por su valor y por su lealtad,—lanza terrible en la pelea, á la que entraba montado en un caballo oscuro (lo mismo en Cagancha que en Arroyo Grande), todo cubierto de plata, con un chapeado completo, grandes estribos y espuelas, que no bajaba todo ello del valor de ochocientos patacones, como para decir al enemigo: «Vengan á mí!»

Escuadrón era aquel, con honores de regimiento, pues no bajaba de trescientas plazas, perteneciendo yo á la primera compañía (*lanceros*), mandada por el capitán Donato Ruíz Díaz, mandando la segunda y tercera respectivamente, los capitanes

Marcelino Almada y Claudio Cardozo.

En la publicación que hice sobre la batalla de Cagancha, digo: que era segundo jefe de ese escuadrón el teniente coronel Mauricio López de Haro, y tercer jefe el sargento mayor Felipe Fraga.

Dado ese hecho, no había la necesidad de que el general Rivera mandase á Marcelino Sosa, ni á ningún otro jefe, á ponerse al frente de aquel Cuerpo para conducirlo á la pelea, á falta del coronel Luna, que se halló en su puesto de honor, tanto cuando presentamos línea de batalla al enemigo en la alborada del 29, como cinco horas después, al empezar el combate.

Me era imprescindible hacer esta aclaración, por ahora, para salvar, como suele decirse, *el honor del pabellón*, dejando una vez más constatado, que en ese memorable día nos condujeron á la pelea y á la victoria, los tres jefes de nuestro escuadrón: Luna, López de Haro y Fraga.

....

....

Tengo, con motivo de la salvedad que hago antes, la honra de saludar al señor doctor Dufort y Alvarez, con la expresión de mi mayor aprecio.

Domingo Cosio.

Montevideo, Abril 12 de 1894.



Como la palabra del señor Cosio

tiene toda la autoridad del que ha tomado parte en los hechos gloriosos que se narran, respetamos su referencia; pero nos obliga á manifestar la fuente de donde tomamos la que habíamos adoptado, para nosotros no menos respetable.

En las *Memorias*, aún inéditas, del teniente general don Lorenzo Batlle, en esta parte escritas á raíz de los sucesos, se lee lo siguiente:

«Merecieron bien de la patria, ya durante la campaña y ya especialmente en aquel día, el general en jefe, los generales Martínez, Medina y Aguiar, y los coroneles al mando de fuerzas, Núñez, Blanco, Flores, Báez, Camacho, Freire, Viñas, Silva, Labandera, Pirán, y *el bravo*

Luna, que hallándose enfermo en el hospital, quiso en vano incorporarse á su división, cuyos soldados le recibieron después victoreándole, pero diciéndole que no lo habían echado de menos en aquel día. Al comandante Sosa había cabido la honra de reemplazarlo dignamente en hueco tan difícil de llenar.»

Quien con tan alto y especial aprecio habla del coronel Luna, no puede ser sospechado de querer oscurecer sus glorias; pero como el señor Cosio habla de lo que ha visto, y el general Batlle de lo que la tradición oral llevó à sus oidos, es juicioso suponer que éste haya sufrido alguna confusión en el orden cronológico, al exponer los hechos,

sin que aisladamente considerados dejen de ser exactos.

Conciliando ambas referencias, resultaría la versión que adoptamos ahora. El coronel Luna estaba efectivamente enfermo, pero se incorporó á los suyos, no al comenzar la batalla, sinó al formarse la línea por primera vez. Luna no mandaba solo un regimiento,—cuya denominación aceptamos, considerando como escuadrones las unidades orgánicas y tácticas comandadas por los capitanes Ruíz Díaz, Almada y Cardozo,—Luna mandaba una división, ó más propiamente, una brigada. Al abandonarse la primera formación, ese jefe, como lo hizo Núñez, fué con el regimiento que

lleva su nombre á dar agua á las caballadas. En su ausencia se produce el ataque de la vanguardia, y como el resto de su división ó brigada, quedaba sin jefe, el general Medina confió su mando al comandante Sosa. Luna entra luego en batalla, pero solo á la cabeza de su regimiento. Enseguida, triunfante nuestra ala izquierda, se encuentra con los demás soldados de su división, quienes le reciben victoreándole, pero haciendo merecidos elogios de Marcelino Sosa, su jefe accidental.

Tal es lo que consideramos verdadero, después de la rectificación del señor Cosio.

I

Por dónde pasó Urquiza el Uruguay

El general Ventura Rodríguez nos ha dirijido la carta que publicó *El Día* y más abajo reproducimos, precisando el lugar donde el general Urquiza pasó el río Uruguay, después del contraste de Cagancha.

Hay en ella detalles muy interesantes y que agradecemos al general Rodríguez.

La versión de que Urquiza hubiese vadeado el Uruguay por el

Rincón de las Gallinas, la habíamos tomado de don Antonio Díaz.

DEL GENERAL RODRÍGUEZ

Sr. Dr. D. Anacleto Dufort y Álvarez.

Señor Doctor:—En su importante trabajo histórico sobre la batalla de Cagancha, se refiere que Urquiza, después de la derrota, hizo su pasaje del Uruguay por el Rincón de las Gallinas.

Es esta una información equivocada que, por la verdad de su misma narración, interesa rectificar.—Urquiza vadeó el Uruguay veinte leguas más arriba del Rincón, en la barra del Arroyo Negro.

El día 31 de Diciembre de 1839 llegó el general Urquiza á la estancia de don Cayetano Almagro, cuyo establecimiento, conocido con el nombre de «Casas blancas,» se hallaba situado á seis leguas de Paysandú y sobre las barrancas del Uruguay.—Urquiza se dirigió á aquel punto contando con los servicios que podía prestarle la amistad de Almagro y con los elementos que allí encontraría para vadear con facilidad.

No obstante, á la llegada de Urquiza no fué posible hallar por aquellas inmediaciones una sola embarcación. Los isleños que solían venir á la estancia de Almagro, teniendo sin duda noticias de los

sucesos que acababan de tener lugar en nuestro territorio, habían buscado recelosos el refugio de las islas.

Urquiza no sabía nadar, y en consecuencia, no podía afrontar los peligros de la corriente prendido á las crines de su caballo. Pero el tiempo urgía, y era necesario salvar cuanto antes aquellos malos momentos. —El señor Almagro le propuso hacer una pelota con un cuero de toro, dentro de la cual entraría con sus armas y recado para ser pasado por su asistente, sin mojarse siquiera.

Los entrerrianos que escoltaban á Urquiza, vadearon á la punta de la isla «Almirón,» mientras aquél se

disponía á entrar en la pelota proporcionada por Almagro, quien no calculó el peso de la persona de Urquiza, junto con su equipo y armas, á más de las de su asistente, metido todo dentro del cuero de toro.

Benito Góngora, el asistente y hombre de toda confianza de Urquiza, habiendo traido el caballo zaino de éste, llamado el *Rabioso*, y ya desnudo, le ató un maneador en la cola, para sujetar á ella la pelota, á una distancia de dos brazas.

Urquiza, vestido, se sentó sobre las monturas. Góngora saltó sobre el caballo y arrastró la pelota hacia la hondura.

El brazo del Uruguay, entre la isla y la costa, tiene dos cuadras de ancho, contando la canal que tendrá una cuadra.

Da principio al pasaje: En medio de la canal se empieza á hundir la pelota. Urquiza grita á su hombre Góngora, desesperadamente, y Góngora, para levantar su ánimo, le contesta con una reprimenda. La pelota se hunde con Urquiza, y el zaino *Rabioso* pisa al fin el veril del banco de la isla y sale arrastrando la pelota del fondo de la canal, con el pasajero que, medio ahogado, no se desprendía de las garras del cuero.

Urquiza, boca abajo, y auxiliado por Góngora, lanza, ya fuera del

agua, toda la que había bebido contra su voluntad.

Salvado este trance, se reunen todos, y costeando la isla en circunferencia, con el fin de encontrar un bote, dan con el isleño que los pasa á la provincia entrerriana haciéndolos vadear sobre seguro el otro brazo del Uruguay, entre la misma isla y la costa vecina.

Góngora pisa el territorio argentino y es ascendido por Urquiza á sargento mayor.

Tal es, contado por un testigo y un actor en este suceso, el episodio de la vida de Urquiza á que usted hace referencia en su interesante narración. El señor Almagro, me lo refirió en el puerto de Paysandú

y en presencia del mismo Góngora. Después, en Entre-Ríos, porción de veces le pedí á Góngora que me contase el suceso de la pelota, á lo cual él accedía, entusiasmándose de tal modo, que le parecía estar en el zaino Rabioso, arrastrando el cuero que tan funesto hubo de ser para el general Urquiza.

Del Rincón de las Gallinas á la costa entrerriana, el río Uruguay tiene una legua de ancho y en una pelota no se habría podido pasar.

Es un error, pues, suponer que por allí se haya efectuado el pasaje del general Urquiza, y así queda confirmado por lo que acabo de narrar.

El general Urquiza, con otros dis-

persos, pasó el Uruguay por la barra del Arroyo Negro, después de la gran victoria de Rivera en los campos de Cagancha.

Saludo á usted con toda consideración y estima

Ventura Rodríguez.

Montevideo, Abril de 1894.

J

Aunque con datos muy incompletos, vamos á dar los nombres de los que sabemos que tomaron parte en la batalla de Cagancha y la campaña qne la precedió, con el grado que á la sazón tenían y el último á que alcanzaron posteriormente.

BRIGADIER GENERAL

Fructuoso Rivera, general en jefe.

GENERALES

Anacleto Medina, jefe de la van-

guardia.—Llegó á brigadier general.

Enrique Martínez, jefe del centro.—Llegó á brigadier general.

Félix Aguiar, jefe de la reserva y del Estado Mayor.

CORONELES

Ángel Núñez, jefe del ala izquierda.—Proclamado general en el campo de batalla y oficialmente poco después, en la costa del Uruguay.

Fortunato Silva, jefe del ala derecha.

José María Luna, jefe de división.

Luciano Blanco, jefe de división.

Venancio Flores, jefe de regimiento.—Llegó á brigadier general.

Manuel Freire, jefe de regimiento. —Llegó á general.

Santiago Soriano, de la marina y entonces jefe del batallón Voluntarios de la Libertad.

Julián Martínez, jefe de la artillería. —Llegó á general en Buenos Aires.

Pedro José Agüero, jefe del 2.º de cazadores.

Santiago Labandera, jefe del 1.º de cazadores.

Manuel Díaz, jefe de escuadrón.

Faustino López, jefe de escuadrón.

Victoriano Camacho, jefe de escuadrón.

Domingo García, jefe de escuadrón.

Hipólito Cuadra, jefe de escuadrón.

Fortunato Mieres, jefe de escuadrón.

Martiniano Chilabert, del Estado Mayor.

Simón Bengochea, jefe de escuadrón.

Pedro Mendoza, jefe de escuadrón.

Rosendo Velazco, graduado.—Obtuvo la efectividad.

Belarmino Páez da Silva, jefe de escuadrón.

Juan Ramos, jefe de escuadrón.

Calisto Centurión, alias *Calengo*, jefe de escuadrón.

Valentín Quintana, jefe del parque, ambulancias, etc.

TENIENTES CORONELES

Marcelino Sosa, en la batalla al frente de una brigada.—Llegó á coronel.

Juan Feliciano Vázquez, al frente del batallón Voluntarios de la Libertad el día de la batalla.—Llegó á coronel.

N. Lapuerta, del mismo batallón.

José María Pirán, de la artillería.—Llegó á general.

José H. Mirabal, jefe de escuadrón. —Llegó á coronel.

Juan Mendoza, jefe de escuadrón.—Sobreviviente, y hoy general de brigada.

Antonio Mendoza, jefe de escuadrón.

Bernardino Báez, jefe de escuadrón. —Llegó á coronel.

Juan Bautista Santander, jefe de escuadrón.—Llegó á coronel.

Vicente Viñas, jefe de escuadrón.—Llegó á coronel.

Justo Soboredo, ayudante del general en jefe.

Alejandro Illescas, ayudante del general en jefe.

Juan Pedro Goyeneche, ayudante del general en jefe.—Llegó á coronel.

Doctor Fermín Ferreira, cirujano mayor del Ejército.

Mauricio López de Haro, del regimiento del coronel Luna.

Feliciano Rodríguez, muerto en el campo de batalla.

Mariano de Vedia, de la artillería.

José Joaquín de Vedia.

Federico Báez, de la división de Núñez.—Llegó á coronel en el Paraguay.

Jacinto Estivao, de la Colonia.

Felipe López, de la Colonia.

Vicente Carrión, de Maldonado.

N. Cabral.

Luis Masariego, del 2.º de cazadores.

Matías Torres, de las milicias de extramuros.

N. Piroto.—En la batalla de Arroyo Grande se atravesó con la espada para no ser degollado.

José Antuña, segundo jefe del Estado Mayor.—Llegó á coronel.

SARGENTOS MAYORES

Felipe Fraga, del regimiento de Luna.—Llegó á teniente general.

Justo Tavares, jefe de escuadrón.

N. Marzola, ayudante del general Martínez.

José Antonio Reyes, segundo jefe

del escuadrón de Juan Mendoza. —Llegó á general.

Cipriano Martínez, ayudante del general en jefe.—Llegó á coronel.

Fernando Quijano, tercer jefe del batallón Voluntarios de la Libertad.—«Ese día lo ví guapeando mucho», dice el coronel González.

José Flores, murió en el campo de batalla.

N. Corrientes.

Mariano Paunero, de la Colonia.

Camilo Vega.—Llegó á coronel.

Ignacio N.—De color.—Se encontraba herido en las carretas y fué degollado.

Doroteo Pérez.—Llegó á teniente coronel.

N. Alonzo, del 1.º de cazadores.

Juan José Cabral.—Llegó á teniente coronel.

Adrián Díaz, jefe del detall el día de la batalla.—Era hermano del general César Díaz.—Llegó á coronel en la República Argentina.

CAPITANES

Claudio Cardozo, del regimiento de Luna.

Marcelino Almada, del regimiento de Luna.

Donato Ruíz Díaz, del regimiento de Luna.

Juan Francisco Monsevat.

Santiago Alemán.

Juan Mesa, jefe de escuadrón.

Juan José Enciso, jefe de escuadrón. —Llegó á coronel.

Pascual Bailón.—Llegó á sargento mayor.

Anacleto Dufort, ayudante del coronel Silva.—Llegó á teniente coronel.

Tomás Madriaga, comandante de compañía, de las milicias de Canelones y en el batallón Voluntarios de la Libertad.

Ramón Bermúdez, de la artillería. —Llegó á sargento mayor.

Mateo Tula, ayudante del general Martínez.—Llegó á teniente coronel.

Fausto Aguilar, comandante de escuadrón.—Llegó á brigadier general.

N. Allarde, ayudante del general en jefe.

Isidro Fuentes, murió en el campo de batalla.

Pedro Sagrera, de la reserva.—Llegó á teniente coronel.

Sixto Ruíz Díaz.

Pedro Obando.—Llegó á sargento mayor.

Juan Bautista Santín.—Llegó á sargento mayor.

Casimiro Pérez.—Llegó á teniente coronel.

Julián Borches.—Llegó á teniente coronel.

León Benítez, ayudante del coronel Núñez.—Llegó á coronel en la República Argentina.

Vicente Viera.

Vicente Ávila.

Santiago Ávila.

Benito Hubó.—Llegó á teniente coronel.

José María Conde, de la artillería.—Llegó á sargento mayor.

José Mora, comandante de escuadrón.—Llegó á coronel.

Pedro Argañará, de la división de Silva.—Llegó á teniente coronel.

Juan Silva, de la división de Silva.—Cayó herído de tres lanzazos. Salvado en aquel momento por el soldado Domingo Giménez, murió sin embargo la noche de la batalla.

Juan Bautista Trujillo.—Se encontraba herido en las carretas y fué bárbaramente degollado.

N. Castillo, del 2.º de cazadores.

Félix Casas.

TENIENTE

Pablo Ifrán.

Nicolás Raña.

Felipe Luna.

Luciano Arriola.

N. Campón, murió en la acción del paso de Severino.

N. Zapata, murió antes de la batalla en unas guerrillas.

Anselmo Soboredo.

Juan Soriano, teniente 1.º de marina, agregado al batallón Voluntarios de la Libertad.—Murió en el campo de batalla. Era hermano del coronel Soriano.

Bernabé Plá, sobreviviente y con-

serva el grado de teniente 2.º de guardias nacionales, que tenía en Cagancha.

Manuel N. alias *El Chaná*, portador de la primer noticia del triunfo á Montevideo.—Llegó á coronel.

Juan Burgos.—Llegó á capitán.

Gerónimo Pérez.—Llegó á capitán.

Nicolás Pereira.

Francisco Ruíz Díaz.—Murió en la batalla de Arroyo Grande como capitán.

N. Salinas, alias *El Retobao*.—Llegó á capitán.

Domingo Zambrana.—Llegó á capitán.

N. Guevara.

Santiago Artigas.—Llegó á coronel en Entre-Ríos.

Lino Cáceres.—Llegó á capitán.

N. Cabeza, del batallón Voluntarios de la Libertad.—Vive actualmente en la Florida y conserva el grado de teniente.

José Gómez.

Vicente Figueroa.

Alejandro Álvarez, de la división de Núñez.—Llegó á sargento mayor.

N. Calatayud, del 2.º de cazadores.—Se hallaba preso en la guardia de prevención; pero habiéndose distinguido por su valor, fué especialmente recomendado al general Martínez por el coronel Agüero, lo que le valió la libertad y un ascenso.

Pedro Gallegos, del 1.º de cazadores.

Manuel Caraballo, de la división de Luna.—Sobreviviente y hoy general.

ALFÉRECES

Martín Igarzábal, del regimiento de Freire.—Llegó á teniente coronel.

Natalio Alberdi, murió en la acción del paso de Severino.

Enrique de Vedia, de la artillería. —Llegó á sargento mayor.

N. Núñez, hijo del general Ángel Núñez.—Vive actualmente en Cerro-Largo y conserva el grado de alférez de guardias nacionales, que tenía en la batalla.

Ladislao Sanguino, del escuadrón de Juan Mesa.—Murió en el campo de batalla.

Silverio Mendoza.—Sobreviviente y hoy sargento mayor.

Felipe Coscueta.

Victoriano Cabral.—Llegó á teniente 1.º.

Salomé Fernández.—Murió en India Muerta como teniente coronel.

N. Chain, de la artillería.

Juan de Dios Mendoza.—Llegó á coronel.

Eusebio Miranda.—Llegó á teniente 1.º.—Era soldado de la Independencia.

N. Lemúa, sub-teniente, del 2.º de cazadores.

CLASES, SOLDADOS Ó IGNORAMOS SU GERARQUÍA

Feliciano González, sargento de ór-

denes del general Martínez y portador á Montevideo de la noticia del triunfo.—Es de los sobrevivientes y tiene la efectividad de coronel.

Federico Baras, sargento 1.º distinguido del escuadrón de Juan Mesa.—Sobreviviente y hoy teniente coronel.

Celedonio Miranda, soldado de la Independencia, sargento 1.º el día de la batalla.

Juan Benavídez, sargento 1.º en la artillería.

Carmelo Maciel, sargento 2.º.

Santana Suárez.

Domingo Cosio, del regimiento de Luna.—Sobreviviente y hoy capitán de inválidos y sargento mayor graduado.

Juan Ojeda, sargento 1.º del regimiento de Luna.—Vive actualmente en Cerro-Largo y es teniente coronel.

Floro Madriaga.—Sobreviviente y hoy sargento mayor.

Santos Correa.—Sobreviviente y hoy teniente coronel, general en la República Argentina.

Gregorio Castro.—Sobreviviente y hoy general de brigada.

Mateo Funes.—Sobreviviente y hoy sargento mayor.

Aniceto Graceras.—Sobreviviente y hoy sargento mayor.

Eugenio Amaro, de las milicias de Canelones.—Sobreviviente y hoy teniente coronel.

Cornelio Méndez.—Sobreviviente, hoy en Montevideo.

N. Ferreira.—Sobreviviente, hoy en el departamento de la Florida.

Pedro Chaparro, sargento.

Cándido Pereira, sargento.

Pedro Porrúa, sargento.

Rudecindo Sáenz.—Sobreviviente y hoy sargento mayor.

Indalecio Farsón.—Sobreviviente y hoy sargento mayor.

Nasario N.—Llegó á sargento mayor.

N. Ortiz.—Llegó á capitán.

Pedro Sanguiné, cabo 1.º

Juan Sartore.

Juan de los Santos.

Julián Rodríguez.

Cándido González, alias *El Boyero*. —Sobreviviente y hoy sargento mayor.

Pascual Costa, proveedor.

Antonio Masangano, proveedor.

Francisco Vidal, proveedor.

Gerónimo Silva, proveedor.

José Mendoza.—Llegó á teniente coronel.

Domingo Giménez, soldado distinguido de la división del coronel Silva. Fué herido en la batalla cuando, después de echar pié á tierra, se precipitó en auxilio de su capitán Juan Silva, herido de tres lanzazos, consiguiendo impedir que lo ultimasen.—Llegó á capitán. Era hermano del actual general Sandalio Giménez.

Celedonio Miranda, de las milicias de Canelones.

Francisco M. Acosta.—Llegó á general.

José Antonio Costa.—Llegó á general.

Rafael Gallegos, sargento, de la artillería.

Cristóbal Peigallo, de las milicias de extramuros.

Justo Pastor, de la artillería.

Cipriano Cames, del escuadrón de Mora.

Joaquín Bejas, de la división de Núñez.—Murió en el campo de batalla.

Pedro Bustamante, de la división de Núñez.—Llegó á sargento mayor.

Feliciano Rodríguez, cabo 1.º—Llegó á teniente 1.º

José M. Faría, sargento, de la artillería.

Francisco Caraballo.—Llegó á brigadier general.

FIN DEL APÉNDICE

ÍNDICE

Páginas

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Páginas

Capítulo VII

Páginas

Capítulo VIII

Páginas

Apéndice

FIN DEL ÍNDICE





